

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

todas murieron llorando

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

TODAS MURIERON LLORANDO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.244

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 12.501 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1974

© Silver Kane - 1974

Texto

© Jorge Sempere - 1974

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. - El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.242. - Perro rabioso con diploma.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. - Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. - Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. - Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

592. - Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

699 - Tiembla antes de morir.

En Colección COLORADO:

637. - Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. - Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

594. - Entierro para un *gangster*.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

231- ¡Quieto, pistolero!

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. - Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. - Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

Después de pasar por delante del espectáculo incomparable. — Pero ya demasiado conocido de la Battery—, el lujoso buque de cruceros *Viking Star*, estaban pasando prácticamente por encima del modernísimo Holland Tunnel, que une Manhattan con el vecino estado de Nueva Jersey. Iba a atracar en los muelles, ya un poco destartalados y sórdidos, que están delante de las grandes zonas industriales de Hoboken.

Al tratarse del primer crucero que realizaba el buque desde Nueva York, una gran cantidad de familiares de los cruceristas y de representantes de las agencias de viajes estaban aguardando. El *Viking Star*, con su maravilloso casco blanco y sus líneas estilizadas que inspiraban una profunda sensación de libertad, había huido del pestilente calor de Nueva York para remontarse hasta los hielos del casquete polar, donde el aire era tan limpio y la vida parecía tan distinta. Los pasajeros volvían tostados por el suave sol del Norte y con los nervios relajados después del gran descanso. Opulentas viudas que se pasaban la gran vida a costa del seguro pagado por sus maridos, se acodaban en cubierta y contemplaban la neblina de la ciudad con una indefinible expresión de asco. Negociantes que habían dejado sus asuntos pendientes y las cuentas por cerrar, volvían a acordarse de sus asquerosos despachos después de casi un mes de haberlos olvidado. Chicas que habían sido invitadas al viaje por cincuentones cargados de vicios, veían, en cambio, con alivio las siluetas de los rascacielos, pues, un mes en un barco con un tipo que te repugna es demasiado, incluso para una mujer que cobra dinero por mostrarse amable.

Todos los pasajeros del buque tenían la mirada perdida en los agresivos relieves de Manhattan, donde los edificios más altos pronto quedaban anticuados para ser sustituidos por otros más agresivos aún. No hacía ni mucho menos tanto calor como cuando

salieron de allí, en pleno mes de agosto, pero una neblina suave todavía, creaba un cierto ambiente pegajoso, que la brisa del río no lograba disipar.

Fue entonces cuando vieron el avión que volaba por encima de sus cabezas. Era un modelo anticuado, un viejo hidro «Catalina» de los que se emplearon para la vigilancia de las costas en la Segunda Guerra Mundial. Aquel tipo de aviones ya no tenía ninguna utilidad militar, pero los sobrantes habían sido comprados por coleccionistas millonarios y por entidades deportivas, cuyos socios gustaban de pilotar aviones antiguos del mismo modo que pilotaban las más modernas avionetas. También se hablaba de que durante un tiempo habían sido utilizados por los contrabandistas que operaban desde las islas del Caribe. Un hidro resulta mucho más difícil de controlar por la policía, puesto que puede posarse en silencio en cualquier tranquila ensenada.

Aquel viejo aparato no tenía ahora ninguna utilidad especial, si no era la meramente publicitaria. Sus costados estaban pintados de vivos colores y en ellos se leía: «Drink Seven Up». El «7 Up»

es, como todo el mundo sabe, una conocida bebida norteamericana, mezcla de gaseosa y agua tónica.

El «Catalina» dio un par de pasadas por encima de la lujosa nave, consiguiendo que todo el mundo clavara sus ojos en él. Los aparatos antiguos, sobre todo si han sido de guerra, tienen esa virtud, a falta de cualquier otra, que todo el mundo los mira. Luego pareció hundirse entre los rascacielos de la Battery, dio media vuelta y remontó el río nuevamente, aunque ganando altura.

Fue entonces cuando sucedió.

Estaba a la altura del *Viking Star* cuando algo salió desprendido del vientre del aparato. Al principio la gente no se dio cuenta de lo que era. Luego docenas de gargantas lanzaron a la vez un grito.

Porque lo que acababa de ser despedido desde el aparato era... ¡una mujer!

Todos vieron su fantástica y trágica parábola al caer sobre el Hudson desde una altura que era superior a la del Empire State Building.

Su caída resultó increíblemente lenta.

Parecía no ir a hundirse jamás en las aguas, por lo que un par de

viejas damas sintieron que se desmayaban ante lo atroz del espectáculo. Por fin una nube de líquido se levantó desde el río, como si en éste acabara de hundirse una carga de profundidad. El cuerpo de la mujer desapareció.

El «Catalina» dio media vuelta con suavidad, sin prisas, como si supiera que nadie iba a perseguirle, hasta que se perdió en el bosque de cemento, acero y cristal de la isla de Manhattan.

CAPÍTULO II

Prince acababa de dejar atrás el cruce de Long Beach Road con Rockville Centre, en Long Island, cuando la radio de su pequeño y rápido «Corvette» dejó de lanzar al aire la música ligera que hasta entonces había estado programada para emitir un boletín de noticias urgente. Prince no la desconectó, pues como periodista estaba mucho más interesado en conocer noticias que en escuchar música. El boletín, a través de la voz grave y profunda del locutor, daba cuenta del golpe de estado en Chile y de la caída del presidente Salvador Allende.

Prince palideció.

Él había estado en Chile poco antes y sentía una viva simpatía por el hermoso país. Cualquier cosa que pudiera significar una pelea, una guerra civil, una situación tensa, le dolía y le afectaba. Tanto que alzó el volumen de su receptor, para no perderse ni un detalle, mientras giraba por la autopista 27 en dirección a Merrick.

Una profunda palidez seguía cubriendo su rostro.

Todo aquello le afectaba, aunque Chile no fuera su país. Pensaba en estos momentos en lo que estaría ocurriendo en las redacciones de los periódicos de todo el mundo, en la agitación de las agencias informativas, en los descansos interrumpidos, en el frenesí de los redactores que buscarían datos a toda prisa y se situarían ante las máquinas para redactar páginas enteras con la noticia. Según la hora en los distintos países, muchos periódicos tendrían que variar sus ediciones, e introducir cambios cuando el papel ya estaba en las máquinas. Prince, pese a su juventud, había vivido bastantes años aquel ambiente hasta convertirse en un enviado especial de la *United Press*, en el hombre que iba a los lugares donde se acababa de producir la noticia para difundir sus detalles a todo el mundo.

Eso había significado para él viajar a todas partes y en los medios más diversos, desde un lujoso avión presidencial a un

camello lleno de pulgas en las estribaciones del Atlas. En su vida, por desgracia, había más camellos que aviones presidenciales, más hambres que cenas de gala. Había podido dormir en los lujosos hoteles de Tokio y los viejos palacios de Teherán, pero también había tenido que tenderse en el suelo de las plazas de Managua y hundirse hasta la cintura en el barro de los ríos de Filipinas. Y ahora que tenía una breve temporada de descanso para resolver un asunto íntimo, ocurría aquella noticia. —Por otra parte casi esperada—, de lo de Salvador Allende.

Una neblina suave. —La misma que había recibido al *Viking Star* al entrar en Nueva York—, venía desde Shinecock Bay, al extremo límite de Long Island, y difuminaba las cosas. Mientras disminuía la velocidad a causa del intenso tráfico, el joven pensó en regresar a Manhattan o telefonar al menos a la delegación de la *United Press*, por si tenían necesidad de sus servicios para informar desde Chile. Aunque lo más probable era que hubiesen movido a los corresponsales que tenían más cerca, como Lima y Buenos Aires. En aquellos casos, hasta una hora tenía su importancia.

Mientras pensaba en todo esto, una serie de luces intermitentes detuvieron a los coches a la entrada de Merrick. Un camión de gran tonelaje acababa de volcar y la circulación era desviada por el ramal 27 A, en dirección a la pequeña población de Seaford, junto a la South Custer Bay. Todo aquello originaba un embotellamiento de tal magnitud que muchos conductores bajaron de sus coches para ver qué pasaba, y otros simplemente para estirar las piernas.

El conductor de un camión se acercó a la ventanilla del coche de Prince. Como el «Corvette» es un coche bajo, el hombre tuvo que inclinarse.

—¿Tiene fuego? —preguntó.

—Claro... Tome.

Mientras el otro encendía, murmuró:

—¿Qué le parece lo de Chile? Nosotros siempre lo decimos en el Sindicato: No se puede jugar a la democracia con las derechas. Terminan liquidándote.

—Yo estuve en Chile hace poco —dijo Prince mientras encendía un cigarrillo a su vez—. Es un gran país.

—Un gran país, ¿eh? Y las mujeres, ¿qué tal?

Prince sonrió enigmáticamente, como si guardara algún secreto

que el otro no podía saber.

—Maravillosas —dije—. Maravillosas...

Puesto que hablaba de mujeres, la radio pareció querer estar a su altura e intervino, por decirlo así, en la conversación. La voz del locutor informó que dejaban de dar noticias sobre la crisis chilena para comunicar que en Nueva York, sobre el Hudson, un poco más arriba del Holland Tunnel, entre Hoboken y Union City, acababa de cometerse uno de los crímenes más escalofrantes de la historia de la ciudad. Una mujer había sido lanzada al agua desde un viejo hidro «Catalina», de construcción británica, como los usados en la Segunda Guerra Mundial. Por supuesto, la mujer había muerto. La policía acababa de sacar sus restos del fondo cenagoso del Hudson.

Prince pensó inmediatamente que las agencias de Nueva York transmitían al instante la noticia a todo el mundo, pero que él podía enviar una gran crónica especial para el periódico *Daily Mail*, del cual era corresponsal en este momento. No en vano el avión desde el que había sido lanzada la desconocida era un «Catalina», fabricado en Inglaterra muchos años antes. El asunto podía tener, ¿quién sabe?, ramificaciones en las islas, y sin duda interesaría allí.

Por lo tanto se despidió del conductor del camión y dio media vuelta, ahora que aún estaba a tiempo y el embotellamiento lo permitía. Dobló hacia el norte por la Meadowbrook State y a la altura de Mineola dobló a la izquierda para regresar a Queens a través de New Hyde Park.

Cuando llegó a la Morgue, en el Bellevue, ya estaban encendidas los millones de luminarias de Nueva York. La metrópoli tenía ese aire entre fascinante y hostil de todas las grandes aglomeraciones humanas. Pero en la vieja Morgue del Bellevue todo era silencio, todo era quietud, todo tenía ese aire de reposo eterno que impera en el mundo de los muertos, aunque los vivos trabajen en él.

Prince averiguó muy pronto adónde habían sido trasladados los restos de la mujer lanzada desde el hidro. Se trataba de una pequeña cámara, rigurosamente aislada y rigurosamente glacial, donde se efectuaban las autopsias especiales. Sólo un par de hombres de la prensa habían sido autorizados a entrar allí. A Prince le fue difícil, pero al fin lo consiguió también. Uno de sus primeros trabajos para el *New York Times* había consistido en ser repórter de sucesos, lo que le había proporcionado algunas amistades útiles.

El joven entrecerró los ojos al entrar allí.

Había visto gente ahogada en el fango, cosida a balazos, quemada viva o destrozada por los terremotos, por lo que pensaba que nada iba a impresionarle ya. Sin embargo, esta mujer le impresionó por su extrema juventud y por lo que debía haber sido su extrema belleza. La caída sobre las aguas del río había roto todos sus huesos y la había materialmente destrozado por dentro, pero le había permitido en cambio conservar su forma externa. Prince le calculó unos diecisiete años, no más. Por lo tanto había muerto siendo una muchacha. Sus formas habían sido opulentas y muy marcadas, lo cual indicaba que se trataba de una de esas mujeres que alcanzan su maravillosa plenitud hacia los veinticinco años y luego se estropean físicamente con mucha más facilidad que las delgadas, aunque pueden conservarse tan bien como éstas si hacen ejercicio. La muchacha que tenía delante, tendida sobre el frío mármol de la mesa, no se enfrentaría jamás, sin embargo, a esa clase de problemas.

Tenía los ojos abiertos.

Habían sido muy hermosos. Seguramente muy dulces.

Y ahora reflejaban un profundo y lacerante horror.

El doctor Madison, que era el encargado de efectuar la autopsia. —De la que ya había hecho una parte—, murmuró:

—No tomen fotografías. Si alguno de ustedes lleva una cámara miniatura oculta en algún sitio, le juro que no volverá a entrar en la Morgue jamás.

Los dos hombres que estaban allí junto con Prince jugaron limpio. Prince también lo hizo. Como solía ser usual, todos llevaban máquinas diminutas escondidas en los lugares más diversos, pero las dejaron sobre una de las mesas. Fue entonces cuando el doctor Madison murmuró:

—Pueden decir a sus directores que ha sido un crimen repulsivo. No sólo ha sido el más espectacular de los que recuerdo en Nueva York, sino también repugnante y salvaje. Esta pobre muchacha había sido ultrajada antes de obligarla a saltar del avión. Ultrajada varias veces...

CAPÍTULO III

Todo el mundo sabe. —Y Prince no iba a ser una excepción—, que las grandes ciudades americanas figuran entre las más peligrosas del mundo, aunque muchas grandes urbes de la Europa occidental ya las están igualando. Pero todo aquello que tenía ante los ojos, todo aquel espectáculo impresionante y nauseabundo a la vez le dejaban sin respiración por un solo motivo: aquello no encajaba. Son muchas las mujeres ultrajadas al cabo del año en Nueva York, pero a ninguna de ellas la arrojaban desde un avión sobre el Hudson. Y menos a la vista de los viajeros de un buque tan lujoso como el *Viking Star*, tal cual si hubieran querido llamar precisamente su atención sobre el salvaje hecho.

Uno de los reporteros preguntó:

—¿Qué te parece?

Prince no tuvo fuerzas para contestar.

Sus ojos se habían empuqueñecido hasta formar dos rendijas en su rostro.

Estaba terriblemente impresionado, a pesar de toda su experiencia.

Ahora fue el doctor Madison quien gruñó:

—Váyanse. Ahora ya la han visto, ¿no? Ya pueden contar en sus periódicos quién era esta chica. Ya pueden dar carnaza a sus lectores para que, al doblar los periódicos, digan que esta edición del doce de setiembre ha sido magnífica.

Prince despegó entonces los labios para musitar:

—No, no sabemos quién era, doctor Madison. Podríamos preguntarlo en la Brigada de Homicidios, pero usted aún tiene la documentación ahí. ¿Por qué no nos lo dice?

El médico se encogió de hombros mientras se disponía a trazar un corte en la piel del cerebro de la muchacha. En efecto, la bolsa numerada con los efectos personales que la muchacha llevaba

encima en el momento de morir descansaba sobre una de las mesas auxiliares. Inexplicablemente la policía no se la había llevado aún. El encogimiento de hombros de Madison significó que, si hurgaban en aquella bolsa, él no se enteraría. No era asunto suyo.

Unas manos ávidas se introdujeron en el recipiente y mostraron las pocas cosas que había allí: unas monedas, el recibo de un *parking* y un documento de identidad plastificado. Las tres cosas fueron velozmente fotografiadas, pues el doctor Madison no se había opuesto a ello, y el inspector que llevaría el caso aún no había aparecido por allí, aunque lo más fácil era que estuviese interrogando a los pasajeros del *Viking Star*. Por aquel documento de identidad averiguó Prince que la muchacha muerta se había llamado Lorna Manchester y que tenía, en efecto, diecisiete años. Su domicilio estaba fuera de la ciudad. Según constaba allí, la chica había vivido oficialmente en Paramus, Nueva Jersey.

Después de obtener las fotos, comprendieron todos que ya nada más había que hacer allí. Prince pensó transmitirlas por radio al *Daily Mail* mientras enviaba una información de unas doscientas palabras. Pero para eso le convenía hablar antes con el capitán del *Vikins Star*, que sin duda había presenciado el insólito hecho.

Quizá aún estuviera a tiempo.

Salió de allí con los otros dos. Se movían aprisa y nerviosamente. Sus coches estaban estacionados a poca distancia, casi ante las puertas del Bellevue.

Y en aquel momento ocurrió algo que al parecer no tenía importancia.

Hay que decir ante todo que lloviznaba sobre aquel sector de Nueva York.

Hay que decir que empezaba a hacer un poco más de fresco con la llegada de la noche, y por eso Prince no había desdeñado ponerse encima la delgada gabardina que llevaba plegada en la parte posterior de su «Corvette». Al atravesar la gran explanada hasta la entrada del hospital, uno podía ponerse perdido de agua, lo cual era una tontería llevando la gabardina en el coche.

De modo que Prince se la había puesto para entrar en la Morgue, aunque ahora se disponía ya a quitársela antes de introducirse en el «Corvette». En aquel momento el joven médico de bata blanca que iba a entrar apresuradamente en el Bellevue tropezó con él.

—Perdone —dijo.

Prince susurró:

—No tiene importancia.

Las prisas en un hospital, ya se sabe, son muy lógicas.

Uno de sus compañeros, el que trabajaba en el *New York Times*, donde él había estado antes, le hizo una seña para que se acercase. Él tenía un coche bastante grande, un «Ford Granada». Le preguntó si recordaba para algo el nombre de Lorna Manchester.

—No —dijo Prince—, pero quizá en los archivos de tu periódico haya algo.

—Si quieres puedes buscar. Tú trabajaste allí, ¿no?

—Hace tres años.

—Entonces ven conmigo. Si hay alguna cosa que pueda ser de interés para ti la anotas, con la condición de que busquemos los dos juntos. Si hay alguna noticia será para ambos.

—Conforme —dijo Prince.

Él tenía fama de ser un buen olfateador. Si en los inmensos archivos del *New York Times* había un solo dato de interés, daría con él. Y el otro lo sabía.

—Puedes sentarte a mi lado —dijo su compañero—. Iremos aprisa.

Prince, desde fuera, arrojó maquinalmente la gabardina al interior del coche, para que cayese en el asiento posterior. Era un gesto tan normal que ni siquiera lo pensó. Estaba a mil millas de imaginar en aquel momento que con un gesto tan maquinal salvaba su vida.

Todo ocurrió en fracciones de segundo.

Fue tan instantáneo, tan brutal que Prince lo recordaría más tarde como una cosa lejana, un poco absurda, que le hubiese ocurrido a otro. Apenas la gabardina había tocado la tapicería del asiento posterior cuando se deshizo en un millón de hilos. El horrible estallido hizo que todo el «Ford Granada» explotase. Del hombre que acababa de sentarse al volante no quedó apenas nada, excepto un amasijo de huesos, porque la explosión le alcanzó de lleno. En cuanto a Prince, tuvo la inmensa suerte de estar protegido por la cerrada puerta posterior. De lo contrario él también hubiera saltado hecho pedazos. La sólida estructura de un coche fabricado a conciencia le protegió. Aun así rodó a bastante distancia mientras

sentía que se nublaban sus ojos.

Tuvo suerte no sólo en eso, sino también en el hecho de que el depósito de gasolina no estallara, convirtiendo aquello en una bola de fuego. El depósito fue arrancado materialmente de cuajo, saliendo despedido a bastante distancia, y la gasolina rodó por el asfalto, pero sin llegar a incendiarse. El joven quedó materialmente bañado por ella. Casi le pareció milagroso el hecho de no haberse convertido en una especie de hiena al «ast». Pero eso lo pensó más tarde, porque en aquel momento no se daba cuenta de nada. Sólo de que estaba rodeado de muerte. Y de que lo que le rodeaba se hacía más lejano y borroso. Más lejano y borroso... Más lejano...

Varias manos tiraron de él hacia atrás. También la llegada de aquellas manos le salvó la vida, porque una chispa desprendida del coche hacía arder la gasolina unos segundos más tarde. Él quedó fuera del mortal círculo de fuego sólo por unas cuantas yardas.

Se oían gritos por todas partes.

Policías que antes parecían estar muy lejos, brotaban de las esquinas como si acabaran de nacer allí. Sonaron estridentes silbatos. Todo aquel sector del Bellevue, normalmente tan pacífico, se transformó en algo así como los alrededores de un estadio después de un partido de la «máxima».

Prince musitó:

—Un médico... Un médico...

Todos creyeron que llamaba a alguien que le curase, cosa que parecía muy lógica. Pero la angustiosa llamada de Prince obedecía a otras causas: él sabía que un médico. —O alguien que iba vestido como tal—, le había introducido la granada de mano en uno de los bolsillos de la gabardina al fingir que tropezaba con él. Sólo el haberse desprendido de la prenda unos segundos más tarde le había salvado la piel.

Tenía que haber sido una granada hecha con plástico, pues de lo contrario el joven hubiera notado su peso. De todos modos sus ochocientos gramos nadie se los quitaba. ¿Cómo infiernos no se había dado Prince cuenta de eso? ¿Tan absorto estaba cuando se dirigió hacia su coche?

Notó que lo tendían en una camilla.

Las puertas desfilaban vertiginosamente ante sus ojos. Los gritos seguían.

Fue tendido en una cama y examinado. El médico que le atendía dijo al cabo de unos instantes:

—No tiene nada, aunque habrá que someterlo a observación unas horas. Hay un pequeño porcentaje de posibilidades de que tenga algo reventado por dentro.

Prince fue a protestar, y hasta lanzó un par de gritos ininteligibles, pero eso no le sirvió de nada. Mientras hablaba. —O intentaba hablar—, alguien le sujetó fuertemente el brazo izquierdo. Cuando Prince sintió el pinchazo supo que ya era demasiado tarde.

Lo único que pudo gruñir fue:

—Tu padre.

El médico que acababa de inyectarle el narcótico murmuró:

—No hables mal de él. A lo mejor también es el tuyo...

CAPÍTULO IV

Cuando recobró el conocimiento, una hora más tarde. —Su reloj no se había detenido a pesar de la explosión—, pudo darse cuenta de que un par de policías estaban con él. Habían examinado ya su documentación y sabían quién era. Seguramente en aquellos sesenta minutos habían también pedido informaciones a la *United Press*, a fin de asegurarse de que allí no había trampa.

Eso hizo que los dos polizontes miraran a Prince no como un criminal, sino como una víctima. Pero de todos modos le estuvieron asaeteando a preguntas hasta que se convencieron de que Prince ya llevaba la granada en la gabardina, sin haberse dado cuenta, cuando la depositó en la parte trasera del «Ford». Por supuesto no se convencieron a causa de las explicaciones del joven, sino por el hecho de que todo el mundo había visto cómo el periodista muerto llamaba a Prince. Éste no había hecho el menor esfuerzo por acercarse a él: eso indicaba que no pretendía matarle.

—Su historia de un falso médico que le introdujo la granada ya sin espoleta en uno de los bolsillos no se la cree nadie —dijo el sargento que estaba a su derecha, pretendiendo desanimarlo para que así se «arrugara» y dijera lo que sabía—. Hemos investigado entre todo el personal y nadie responde a la descripción que usted ha dado.

—No ha tenido tiempo en una hora de investigar entre el personal —masculló Prince—. Ni siquiera entre el personal de esta sección. Por otra parte, ustedes saben que en el Bellevue podría pasar por médico cualquiera que se pusiese una bata.

El sargento calló.

Pero Prince estaba más confuso cada vez.

Sentía que las fuerzas le fallaban.

Y no era a causa de lesiones físicas. —Pues ahora estaba claro que la bomba le había dejado indemne—, sino por la terrible

confusión moral que sentía. Todo aquello le parecía no sólo espantoso, sino además siniestramente inútil. ¿Qué se ganaba con arrojar a una muchacha ultrajada desde los cielos de Nueva York? ¿Por qué habían tratado de matarle a él, que era un individuo insignificante? ¿Hasta dónde llegaba la mano de sus desconocidos enemigos? ¿Hasta dónde alcanzaban las uñas de la zarpa?

No podía seguir pensando más.

Sentía un tan terrible dolor de cabeza que poco a poco sus ojos se cerraron como si fuese a perder el sentido de nuevo. Oyó de una forma confusa que el sargento gruñía mientras se alejaba:

—Si veis que va a diñarla, dejad que telefonee antes a su agencia. Al menos que dé él la noticia de su muerte.

Prince pudo gruñir a su vez, mientras los ojos se le cerraban cada vez más:

—¿Y de qué iba a servirme, maldita sea? Ya no la cobraría...

Cuando salió de allí, un día más tarde, el mismo confuso montón de pensamientos seguía hirviendo en su cráneo. Repasó los periódicos y se dio cuenta de que también los comentaristas nadaban en un mar de confusiones, sin saber qué pensar. La granada junto a la Morgue, que había causado la muerte a un conocido reportero de Nueva York, y el espectacular asesinato de Lorna Manchester eran noticias lo bastante importantes para ocupar las primeras planas, aunque los titulares más importantes estuviesen dedicados a la crisis de Chile. Pero nadie entendía nada de nada. La policía no había practicado ninguna detención, aunque rastreaba algunas pistas.

Prince fue al pequeño apartamento que tenía alquilado en la Calle Cincuenta y escribió para la *United Press* un relato de los hechos. No envió por radio las fotos de los objetos encontrados sobre la muchacha porque todos los periódicos ya las habían reproducido. Ya no eran noticia.

Y entonces se decidió a hacer lo que tenía planeado para casi cuarenta y ocho horas antes. Tomó un taxi y se dirigió a Brooklin, a Parckway Bulevar. Allí le esperaba una mujer.

Pero no, una mujer cualquiera.

Sino la suya.

La propia esposa de Prince.

Sus ojos se iluminaron cuando vio la alta y esbelta figura

femenina recortarse a la media luz de la sala. Margaret tenía esa gracia, esa agilidad, esa suavidad felina de las mujeres de primera clase. Margaret avanzó ansiosamente hacia él, moviéndose con elegancia sobre sus altos tacones, y le besó en la boca casi con ansia. La luz pareció ser distinta a partir de aquel beso, y la sangre de Prince, donde parecía no quedar ya fuerzas, volvió a llenarse de vida.

Resultó difícil saber cuánto podía haber durado aquel beso lleno de ansia.

Y que al mismo tiempo había sido un beso en cierto modo extraño.

Porque lo normal es que los casados. —Aunque lo estén recientemente—, no se busquen así, como si sus vidas se cruzaran en el mundo por última vez.

Cuando se separaron y ella se sentó, Prince paseó sus ojos por la sala. Margaret lo tenía adornado todo con el buen gusto de siempre, aunque llevaba muy pocos días en Nueva York. De aquel apartamento sin gracia, construido a escala industrial y pensando solo en la rentabilidad, ella había hecho un auténtico nido. Las paredes estaban adornadas con grandes reproducciones de fotos obtenidas por la misma Margaret, pues ella era con la máquina una de las más expertas profesionales de Estados Unidos.

—No sabía nada de ti —bisbiseó ella—. ¿Dónde has estado?

Por toda respuesta, Prince dejó los periódicos sobre el diván.

Ella apenas les echó un vistazo.

Eso le bastó. Se dio cuenta enseguida de lo que decían los titulares. Miró a Prince con incredulidad. Le tocó de una forma maquinal, como si quisiera convencerse de que estaba vivo. Y luego dijo con voz opaca:

—Dios santo...

Fue lo único que se le ocurrió decir.

—No te llamé por esa razón —explicó Prince un momento después—. ¿Qué creías? ¿Qué me había largado con otra?

—¿Cómo podía pensar eso? Lo que imaginaba era que habías tenido que salir para algún trabajo muy urgente.

—En ese caso te hubiera telefonado, Margaret. Lo que ha pasado es muy sencillo y al mismo tiempo muy siniestro, ya lo ves. Una mujer muerta de una forma increíble, un periodista convertido

en pedazos a las puertas de la Morgue, como para ahorrar trabajo a la policía. ¿Y todo eso por qué? Todo eso sin ningún sentido, sin ninguna pista, sin ninguna lógica...

Ella movió la cabeza de un lado para otro.

—Creo que... que te necesito más que nunca —musitó—. Aunque tú conserves tu apartamento y yo conserve el mío, por una especie de capricho que no he entendido aún, pienso que somos un matrimonio que se ama. A veces tú estás trabajando en Laponia y yo estoy trabajando en la Tierra de Fuego, pero eso poco importa a nuestros corazones. Y no es una frase que haya oído en un serial radiofónico: digo la verdad. Llevamos tres meses casados y te necesito con mucha más ansia que el primer día.

Era una buena invitación para olvidar, una buena invitación para pensar que en el mundo no existían criminales ni crímenes. Y Prince casi lo consiguió. Cuando se separó de su esposa, le parecía que la luz era un poco más risueña, más dulce, y que el mundo resultaba distinto. Hacer el amor con ella era algo inolvidable, era algo casi dramático.

Pero la mujer volvió a la realidad.

Las mujeres siempre son más sensatas que los hombres, aunque a veces lo disimulen.

—¿Por qué han intentado matarte? —susurró—. ¿Qué puede haber en tu vida que yo no sepa?

—Más bien podrías preguntar qué hubo en la vida de aquella pobre muchacha.

—¿Lorna Manchester?

—Sí.

—Fue un crimen nauseabundo e inútil —opinó Margaret.

—Nauseabundo sí; inútil no lo sé. Esa gente sabe muy bien lo que se hace. A su muerte seguirán otras, estoy convencido de ello. Ignoro lo que se esconde detrás de esos asesinatos increíbles y, sin embargo, presiento que es algo situado muy cerca de nosotros. Intentaré averiguarlo, ¿comprendes? Removeré todos los archivos de la ciudad, todas las fichas, toda la basura. Meteré las narices lo mismo en los bajos fondos que en los círculos bancarios. Sabré quién es Lorna Manchester antes de dos días. Y ahora permite que me vaya, Margaret; quiero empezar a trabajar enseguida. Supongo que la policía sigue mis pasos, aunque no tenga pruebas contra mí,

porque en el fondo no han dejado de sospechar: ésa es otra de las razones para que yo no quiera perder tiempo.

Se puso en pie. La presencia de Margaret le había dado nuevas, fuerzas, nuevas ganas de vivir. Y eso no dejaba de ser un contrasentido, porque Margaret era una tigresa que dejaba deshecho al hombre que se atrevía a hacer el amor con ella.

Con un beso, la preciosa mujer le acompañó hasta la puerta. Prince salió de allí con la oscura sensación de que cien ojos seguían todos sus movimientos uno a uno.

¿Ojos de la policía? ¿Ojos de los que también pensaban matarle como habían matado ya a Lorna Manchester y al pobre reportero del *Times*?

Prince no quiso pensarlo más; era inútil. Tomó otro taxi, pues la policía tenía de momento intervenido su «Corvette», y se hizo llevar casi al otro extremo de Nueva York, al Bronx, a la confluencia de la autopista 94 con el Puente de Washington.

Hay allí algunos buenos edificios de apartamentos que gozan de una excelente vista y también de una excelente serie de ruidos que impiden dormir. Claro que de esos ruidos se libraban los pisos altos, y hacia ellos se dirigió Prince. En uno de éstos le aguardaba una mujer.

Pero no una mujer cualquiera.

Sino su esposa.

La propia esposa de Prince.

CAPÍTULO V

Susan tenía un par de años más que Margaret, pero tenía también, al igual que la otra mujer, una magnífica belleza. Era alta, de líneas firmes; sus ojos almendrados, un poco turbios, parecían esconder siempre un pensamiento recóndito. Sus piernas largas y sólidas llamaban la atención en la calle, en los bares donde se sentaba, en los aviones donde solía viajar. Eran unas piernas que hacían pensar a los hombres que el mundo es un asco, puesto que no podían conseguirlas.

También ella besó a Prince en la boca.

Fuertemente.

Con una secreta ansia...

Cuando se sentaron en aquella sala, que era tan acogedora como la de Margaret, pero amueblada con más lujo, la luz también le pareció distinta a Prince. Le pareció más triste, más opaca. Hasta allí, a pesar de ser el piso alto, llegaban las sirenas de algunos transbordadores que remontaban el Hudson. Una neblina suave empezaba a llegar desde Long Island Sound, atravesando New Rochelle y Mount Vermont.

Susan musitó:

—Te esperaba ayer...

Como única respuesta, porque todas las palabras sobraban, Prince mostró los periódicos. Eran los mismos que había mostrado a Margaret unas horas antes. Pero al parecer ninguna de las dos mujeres los había leído, porque Susan también sintió una sacudida al echar un vistazo a los titulares y también se puso pálida.

—Dios santo... —balbució.

Eran exactamente las mismas palabras de Margaret.

Sus ojos pasearon por las informaciones. Quizá en el primer momento no relacionó la alucinante muerte de Lorna Manchester con el atentado de que había sido objeto Prince. Parecía tan llena

de confusiones que sus ojos almendrados se hicieron más turbios que antes.

Sólo al cabo de unos instantes pudo preguntar:

—Pero esto, ¿qué sentido tiene?

—Ninguno, Susan. Ni yo conocía a la tal Lorna Manchester ni había estado en Nueva York desde hacía bastantes semanas. No tengo nada pendiente, no estoy metido en ningún asunto sucio de los que a veces me han rodeado mientras buscaba informaciones de primera clase. He dado vueltas y más vueltas a todo y no encuentro ninguna salida.

Susan tendió levemente una mano hacia él, casi con timidez, a través del diván en que estaban sentados. Fue una caricia dulce en la cual vibraba una sensación recóndita de miedo.

—Lo importante es que estás aquí, lo importante es que has vuelto —musitó—. Sólo una cosa tiene sentido para mí: estás conmigo...

Y tendió sus brazos.

Para Prince no resultaba una mujer extraña.

Era su esposa.

Su legítima esposa.

Como Margaret.

La verdad fue que, muy poco después, Prince era un tío al que mucha gente hubiera envidiado. Pero por otro lado inspiraba lástima.

Entre las dos mujeres le habían baqueteado a fondo.

Cuando abandonó aquel apartamento del Bronx casi tenía que ir a rastras.

El conserje, al verle salir, le gruñó a un ascensorista:

—Oye... Ese tío debe llevar una caja de caudales encima. Lo que pasa es que la caía no se ve...

En efecto, Prince andaba casi encorvado.

Y quizá no era para menos.

Pero, sin embargo, fue entonces cuando se le ocurrió. Fue entonces cuando recordó aquel nombre. Fue entonces cuando de pronto se detuvo mientras sentía algo así como una sacudida en el fondo de su sangre.

Lorna Manchester...

Tenía que haberlo recordado antes.

Claro que uno no puede recordar todos los nombres que ha leído alguna vez.

Lorna Manchester...

La hermana de George Manchester...

¡El presidente del jurado que había de juzgar a Barry Nolan! ¡El hombre que podía cambiar los bajos fondos de Nueva York con sólo una palabra!...

Prince entró en uno de los pequeños cafés cercanos al Puente de Washington, cafés con olor a hamburguesas y a mostaza, a pepinillos y a cerveza agria, a perfume barato de mujer y a sudor de hombre. Una vez allí bebió un mejunje al que llamaban «combinado de ginebra», se deslizó hasta el teléfono y disco el número de la *United Press*.

El número de recortes de prensa bien archivados que existen en esa clase de agencias es incalculable Prince habló con el encargado de la sección y le preguntó si George Manchester aún era presidente del jurado que había de juzgar a Barry Nolan. Le contestaron que sí, y que el juicio se reanudaría la semana próxima, después de dos aplazamientos.

Prince apretó los labios.

Ya tenía con eso una pista.

Lo más fácil era que la policía la tuviera también, pero aún había que ver si los de la Brigada de Homicidios sabrían seguirla. Por lo pronto era un camino que se abría a Prince y que éste pensaba seguir inmediatamente.

Preguntó también, aunque la pregunta le pareció inútil, si los fabricantes de la bebida «Seven Up» tenían un avión «Catalina» para publicidad, o si en caso de tenerlo les había sido robado. La respuesta fue que no. Alguien había pintado el hidro con el anuncio para que la presencia del viejo aparato tuviera una justificación a los ojos de todos los que lo viesan sobrevolar el cielo de Nueva York.

Por último Prince preguntó quién era el juez que llevaba adelante el caso de Barry Nolan. Le contestaron que lo llevaba el juez federal Murphy.

El joven musitó:

—Gracias.

Y colgó el aparato.

Se sentía tranquilizado.

Murphy tenía fama de incorruptible.

Su presencia era una garantía para que no pudiera escapar Barry Nolan, uno de los asesinos más despiadados que había existido jamás en el país. De jefe de los «torpedos», es decir de los ejecutores del «gang» de Anastasia, Nolan había pasado a jefe de los «torpedos» de Luchino Vitti, el hombre que empezaba a controlar todo el tráfico de drogas y de inmigrantes ilegales que se efectuaba en la costa atlántica. Muerto Vitti en circunstancias no aclaradas, Barry Nolan se había transformado en el jefe del «gang» y por lo tanto en el jefe del negocio.

Ganaba cifras exorbitantes al año. Se estaba convirtiendo en uno de los hombres más importantes del país.

Pero unos meses antes le habían atrapado con pruebas suficientes para enviarle cien veces a la silla eléctrica, aunque ahora la silla eléctrica no funcionara. Barry Nolan iba a comparecer ante el jurado y ante el juez federal Murphy. Eso indicaba que estaba listo. Con un hombre como Murphy no escaparía...

Prince volvió a salir medio a rastras del local que olía a cerveza agria.

CAPÍTULO VI

Mientras Prince estaba sumido en todos estos pensamientos, el juez Murphy aplicaba justicia en su sala dedicada especialmente a la represión del vicio. Desde los proxenetas a los drogadictos, desde los sobones de Metro a los denunciados por adulterio, todos pasaban por allí y todos salían con penas que nunca hubieran llegado a imaginar. Murphy siempre proclamaba que el vicio debía ser totalmente eliminado de Nueva York y sus sentencias no conocían la piedad. Sin distinguir entre los profesionales y los simples equivocados, entre los que engañaban y los que eran engañados, se había convertido en una especie de verdugo implacable que pretendía limpiar las calles de la metrópoli. Por eso nadie daba a Barry Nolan, puesto en sus manos, la menor posibilidad de salvación.

Aquel mediodía Murphy salió de su despacho, después de haber impuesto las severas penas de costumbre, y fue saludado respetuosamente por todos los que trabajaban en las distintas dependencias de su sala de justicia. Los ujieres se apresuraron a abrirle la puerta; el ascensorista se quitó la gorra con respeto; el chófer se apresuró a ir a su encuentro para llevarle la cartera de mano.

Murphy tenía delante de sí una brillante carrera. Su norma de ley y orden podía convertirle en uno de los líderes del ala más conservadora del Partido Republicano.

Murphy lo sabía, como sabía también que para hacer una brillante carrera política se necesita mucho dinero. Había buscado apoyo en las alas más conservadoras del Partido, pero éstas no acababan de decidirse. Ello hacía que Murphy tuviera a veces arrebatos de malhumor y que sus penas fueran más severas (pues las leyes norteamericanas dejan muchos puntos al arbitrio del juez), pero tales cosas estaban, por lo general, fuera del conocimiento de

las gentes sencillas. Los que un día habían fumado un «petardo» en una esquina de Manhattan o la chica que había vendido sus favores a un desconocido, ignoraba que detrás del carácter de Murphy palpitaba un problema íntimo, el problema del hombre que quería llegar mucho más arriba y no lo conseguía aún. Para la prensa y para la opinión, en cambio, Murphy era el hombre ideal para acabar con Barry Nolan. Daban por descontado que, a pesar de toda su influencia, el famoso jefe de «gang» iría a la cárcel para lo que le quedaba de vida.

El juez hizo que su coche oficial le dejara en su residencia de Oceanside, donde vivía solo, sin otra compañía que la de dos sirvientes. Entró en ella y fue a la sala principal, una inmensa y rica biblioteca donde le sirvieron un *whisky*. Luego encendió un cigarro y tomó una gruesa carpeta llena de documentos sobre la cual una etiqueta anunciaba: «Caso Nolan».

Con ella bajo el brazo, tomó el ascensor privado que había en su vivienda, un ascensor con música ambiental, y se dirigió al sótano. En el sótano había un garaje con dos coches, un «Thunderbird» americano y un «Jaguar» británico. Lo atravesó sin dirigir una mirada a los dos relucientes ejemplares y atravesó una puerta tapizada de piel.

Allí había una especie de sala de reuniones.

Era grande, cuadrada.

Silenciosa.

Una gran pantalla ocupaba parte de una pared. Frente a ella había un proyector de cine de gran calidad. Las películas que allí se proyectaban llevaban anexa su banda sonora. Un magnífico equipo de reproducción cuidaba de que el sonido alcanzara los más delicados matices.

Cuatro hombres estaban allí.

Uno de ellos cuidaba del equipo proyector.

Otros tres estaban sentados en las cómodas butacas de la sala. Uno de ellos era Cotton, antiguo piloto de la «Navy». Otro era Lancey, jefe de una oficina de información de la policía. El cuarto hombre, que permanecía en la penumbra, sonrió ampliamente al ver entrar a Murphy.

Éste dejó caer la carpeta sobre sus rodillas.

La carpeta en que se leía: «Caso Nolan».

El hombre que seguía sonriendo avanzó un poco el cuerpo mientras descruzaba las piernas. La cara bien conocida de Barry Nolan se mostró entonces plenamente a la luz de la habitación.

—Bienvenido, Murphy —dijo.

Murphy le mostró la carpeta con un gesto de malhumor. Luego exhaló una bocanada de su aromático cigarro habano.

—Demasiadas complicaciones —dijo—. Las reproducciones fotográficas de las pruebas que serán presentadas por los abogados están ahí. Ha sido un éxito de Lancey, el jefe de la oficina de información de la policía. Pero es un éxito que me asusta porque me doy cuenta de que no tenemos la menor posibilidad de que el jurado reaccione favorablemente.

Barry Nolan también hizo un breve gesto de preocupación, pero duró muy poco. Imaginaba qué significaban aquellas pruebas, ninguna de las cuales podía ser desmentida: tráfico de drogas, corrupción de funcionarios, asesinatos, inmigración ilegal desde algunos países sudamericanos, secuestros de personas... Una sola de ellas significaba la cadena perpetua, y eso porque no se aplicaba de momento la pena de muerte. Barry Nolan no lo ignoraba.

Pero estaba más optimista que Murphy.

Gruñó:

—Cierto... Pero todo depende de los miembros del jurado, ¿no?

—De eso estamos seguros —dijo Murphy—. Pueden considerar que las pruebas no son suficientes, que no tienen valor legal o que han sido obtenidas por medio del engaño o la violencia. Ni que decir tiene que yo apoyaré enseguida ese punto de vista del jurado, si se produce. Pero necesita producirse.

Nolan rió.

Dijo con voz queda:

—Bill...

El que estaba detrás del proyector se movió. Las luces fueron apagadas y la película empezó a ser proyectada. Se trataba de una cinta de 16 milímetros en color y con una calidad sorprendente, dadas las condiciones en que había sido filmada.

Pues esas condiciones no debieron resultar fáciles. Toda la película había sido obtenida dentro de un avión, un viejo hidro «Catalina», cuya capacidad resultaba muy notable.

Había allí sitio de sobras.

Los personajes resultaban muy bien conocidos para Murphy. Uno de ellos era Cotton, allí presente, experto aviador que había dirigido el hidro casi por entre los rascacielos de Manhattan; otro era Lancey, que también se encontraba allí. El que había obtenido la película debía ser el mismo que la proyectaba. También aparecía allí un tipo inmenso, un verdadero mastodonte que debía tener la fuerza de un acorazado.

Faltaba un último personaje.

Los ojos de Murphy se enturbiaron al verla.

—Muy bonita —dijo.

Lorna Manchester estaba aterrorizada, quizá porque por primera vez había entrado en su cerebro la idea de que iba a morir. Pero sin duda no imaginaba lo abyecta que sería aquella muerte, lo repugnante, lo miserable.

Murphy sí que lo sabía.

Preguntó con una mueca de asco:

—¿Para qué necesito ver esa guarrada?

Pero no pidió que cesara la proyección. Todo lo que había ocurrido a bordo del «Catalina», todo el espectáculo rastrero de la muchacha, ultrajada, turnándose los que estaban allí, desfiló ante sus ojos. Ahora supo que mientras los pasajeros del *Viking Star* miraban con curiosidad aquella aeronave, mientras los policías del río se preguntaban por qué aquel avión volaba tan bajo, en su interior se estaban desarrollando escenas que hubieran puesto los pelos de punta al más insensible de los truhanes de la Avenida Doce. Incluso la caída vertical de la muchacha a poca distancia del crucero había sido perfectamente filmada.

La proyección terminó.

Murphy estaba lívido.

Aunque ya sabía con quién trataba, no había esperado tanto salvajismo.

Los demás sonreían quietamente.

Ellos eran los protagonistas, ellos eran los «héroes» de la aventura que se había desarrollado ante sus ojos.

Al fin el juez se encogió de hombros.

Después de todo, aquél prometía ser un sistema eficaz. Barry Nolan no se salvaría cantando salmos en las iglesias.

Fue Nolan el que preguntó:

—¿Qué parte enviamos a Manchester, el presidente del jurado?

—Creo que ésa es que están Lancey y la chica —dijo el juez—. A la chica se la ve claramente y se aprecia muy bien su mueca de sufrimiento, pero Lancey está de espaldas todo el rato. Cuando ese trozo de cinta llegue a sus manos, pues es seguro que Manchester me lo traerá, yo lo declararé sin valor alguno para la identificación de nadie. Pero Manchester quedará tan aterrorizado que inmediatamente dimitirá de su puesto; eso es seguro. Ah... También debe serle enviada la caída de la chica. Es una escena impresionante que no olvidará. Por supuesto, sería aconsejable que los otros miembros del jurado viesen la proyección. Yo lo dispondré todo para que así sea. Creo que después de eso quedarán tan aterrorizadas que el jurado no llegará a reunirse.

Después de ese parlamento, el juez Murphy dio una satisfacción chupada a su habano.

Todos sabían que él ya no podía hacer más. Estaba en su mano valorar las pruebas antes de su presentación al jurado, estaba en su mano declarar impertinentes muchas preguntas y también privar de la palabra al defensor si convenía. Ésas eran armas muy importantes, quizá decisivas, pero hacía falta algo más. Porque en última instancia, si el jurado declaraba culpable a Nolan, él no podría hacer nada. Tendría que condenarle a muerte y dejar la pena en suspenso. Por lo tanto convenía que el jurado no se atreviese a emitir un veredicto de culpabilidad, que declarara a Nolan inocente y con todas las pruebas a su favor. En aquel asunto se ventilaba no sólo la libertad de un hombre y el porvenir de una red del crimen, sino un beneficio inmediato mucho más importante de lo que cualquier ciudadano normal de Estados Unidos hubiese llegado a imaginar nunca.

Barry Nolan parecía estar pensando justamente en todo aquello cuando musitó:

—El *Trieste* viene consignado a mi nombre. Es un carguero que yo he comprado para el desguace, y si no estoy en el puerto para firmar el conforme el día en que llegue, va a ser un desastre.

—Por el momento estás en libertad provisional —dijo el juez Murphy—. Yo te la concedí enseguida.

—No basta. Si el jurado me declara culpable, quedarán en suspenso mis derechos civiles mientras tanto. No podré ejercer el

comercio, ni firmar contratos, ni desarrollar la menor actividad. En esas condiciones, el viejo *Trieste* llegará al puerto de Koboken y la policía tendrá las manos libres para husmear en él. Ya les ha extrañado que yo me dedique ahora al desguace de buques, cosa que no había hecho nunca, y no perderán la ocasión de meter los hocicos en una cosa que les llama la atención tanto. Cuando descubran que los dobles fondos del *Trieste*, unos dobles fondos que sólo pueden ser descubiertos mediante el desguace, están atiborrados de drogas, me endiñarán una pena de veinte años más y se apoderarán de la mandanga. No sé si has imaginado lo que aquello vale: se trata nada más y nada menos que de quinientos millones de dólares.

Murphy cerró un momento los ojos.

Quinientos millones de dólares...

Él podía pedir fácilmente un diez por ciento, aparte de lo que había estado obteniendo ya. Con cincuenta millones de dólares y su fama de hombre incorruptible, su prestigio de sólido defensor de la moral pública, ningún camino hacia las altas cumbres del poder le iba a estar cerrado.

Su boca se había secado.

Tuvo que apartar el cigarro.

Barry Nolan, que le miraba fijamente y seguía adivinando sus pensamientos, murmuró:

—Para eso es absolutamente necesario que me declaren libre. Completamente libre. Una sentencia de esa clase me permitirá oponerme a los manejos de la policía y evitar que meta las narices en las profundidades del *Trieste*. Pero si estoy en la cárcel todo se hundirá: se hundirá para siempre.

Murphy asintió con una leve cabezada.

Se daba cuenta de lo que aquello podía significar.

Con un gesto lleno de avidez volvió a chupar golosamente el cigarro.

—El jurado te declarará inocente —dijo—. No son tontos. En cuanto vean esas escenas de la muerte de Lorna Manchester, sabrán inmediatamente que a sus mujeres, a sus hermanas o a sus hijas puede ocurrirles lo mismo.

Murphy volvió a hacer un gesto de asentimiento después de esas palabras, para darles un mayor énfasis. Luego susurró:

—Y lo del periodista, ¿por qué?

Barry Nolan apretó los puños.

—Es un bicho —dijo.

—¿Un bicho?

—Buscando reportajes sensacionales, se ha metido en todos los avisperos que encuentra en su camino. Cuando nos dimos cuenta de que había ido a la Morgue detrás del cadáver de Lorna Manchester, supimos que era por alguna razón. Ese hijo de loba no soltará la presa. Fue eso justamente lo que pensé: que no soltaría la presa. Y di orden de matarle cuando me indicaron que estaba allí.

Murphy apretó los labios con un gesto de desprecio que no quiso disimular. Otra vez parecía estar en su sala de justicia, condenando a estudiantes detenidos en lugares dudosos o a mujeres callejeras.

—Pero fallasteis —dijo—. Fallasteis...

Nolan se irritó.

—Fue una casualidad —dijo.

—Una casualidad que ha desencadenado una oleada de indignación en la prensa y que está movilizándolo a toda la policía del Estado. Fue un terrible error. Hay que acabar con Prince, pero sin fallar esta vez. No podemos correr el riesgo de que la campaña de prensa se incremente más aún. La prensa vocinglera es el peor enemigo que tenemos. Con ella no hay quien imponga el orden y la justicia...

Nolan rió quedamente.

A veces le admiraba el cinismo de Murphy.

¿Cinismo? ¿Lo era realmente? ¿O quizá Murphy había llegado a tomarse en serio parte de la comedia que desarrollaba cada día al ponerse la toga? En todo caso Nolan sabía lo que tenía que hacer. Sabía que esta vez no fallaría.

Mientras pensaba en eso se abrió la puerta por la que antes había entrado Murphy. Una persona dejó que su silueta se recortara en el umbral durante unos segundos y luego pasó. Todos se levantaron respetuosamente.

Incluso Murphy.

Sabía que de aquella persona dependía todo.

El propio Barry Nolan era un esclavo en sus manos.

La persona que acababa de entrar se sentó en una de las butacas, cruzó las piernas, alisándose bien los pantalones, y encendió un

cigarrillo. Luego se apartó de la tela de los pantalones, con un gesto de fastidio, algo que parecía un pedacito de plástico o de papel transparente. Pero se trataba de algo muy distinto: se trataba de una escama de serpiente.

Con voz suave, mientras exhalaba una lenta columnita de humo, decidió:

—De acuerdo... Sé de lo que estabais hablando. Prince tiene que morir. Pero no admitiré ni un fallo, ni una vacilación, ni una indecisión. Vosotros seréis responsables.

E hizo una seña para que pasaran la película de nuevo, puesto que no la había visto.

Cuando el perfecto equipo sonoro llevó hasta la sala los gritos desgarradores de Lorna Manchester, gritos que nadie había oído porque sonaban dentro de un avión, se limitó a decir:

—La muy puerca...

CAPÍTULO VII

Margaret anduvo con aquella suavidad felina hasta el otro lado del apartamento y descorrió las cortinas. Mientras miraba a Prince susurró:

—¿Te gusta?

El apartamento, situado en un nuevo edificio de la calle Sesenta, junto a Central Park, estaba orientado hacia la bahía. Desde el ventanal que la preciosa mujer acababa de poner al descubierto se distinguían incluso los relieves y las luces de la Lower Bay, junto con los millones de luciérnagas de la Battery y las luminarias de los trasatlánticos que remontaban el Hudson, en busca de los muelles de la Avenida Doce. Uno tenía allí una cierta sensación de volar, de planear, de estar fuera del tiempo.

Repitió:

—¿Te gusta?

Prince estaba admirado. Aquel apartamento, que además tenía muebles de calidad, debía de ser muy caro, pero ya empezaba a estar acostumbrado al temperamento de su esposa. Era una mujer que necesitaba nuevos ambientes, nuevas amistades y nuevas perspectivas. Vivir siempre en el mismo sitio de Nueva York le producía bochorno.

Prince musitó:

—Me he quedado de piedra cuando he ido a tu casa y he encontrado una nota citándome aquí. ¿Qué pretendes con esto? ¿Arruinarte?

Ella sonrió.

—Lo que pretendo es que vivamos juntos de una vez, como marido y mujer. Que tú dejes tu apartamento y yo deje el mío. Esas costumbres de solteros, tirando cada uno por su lado, no me gustan. Día llegará en que sólo aceptemos los trabajos que nos convengan para estar juntos.

Él hizo un gesto afirmativo, porque muchas veces había pensado en eso. ¡Pero todo le parecía tan lejano...! ¡Veía la paz tan imposible, después de lo ocurrido!

—Lo he alquilado por una semana —dijo Margaret—. Transcurrido ese plazo, podré decir si me lo quedo definitivamente o no. Es lo bastante grande para los dos, y en él podré tener mi laboratorio y tú un estudio. Pero he querido que lo vieras antes de tomar una decisión.

Prince curioseó por el apartamento, aunque no podía evitar que su pensamiento estuviera lejos, muy lejos: en la cara de la pobre Lorna Manchester, que ya habría sido enterrada después de salir de la Morgue. En sus labios exangües. En sus ojos cargados de horror.

Abrió uno de los armarios.

Eran amplios, sólidos. Las puertas corrían mediante un motor eléctrico. Como si Margaret pensara quedarse definitivamente allí, ya había trasladado parte de su guardarropía.

Prince nunca revisaba la ropa de su mujer. Le parecía lógico que ella tuviera también en eso su independencia.

Pero esta vez miró los pantalones color azul que estaban colgados a la derecha. Eran de buen corte, pero eso no le importó. Sólo dijo con una sonrisa:

—Ya sabes que no me gustan las mujeres con pantalones, Margaret. Y si esa mujer es mi esposa, menos.

Ella se apoyó en el respaldo de un diván. No llevaba pantalones, sino una faldita corta, corta, corta. Estaba tan seductora que Prince sintió que por un momento se le nublaban los ojos. Con voz velada preguntó:

—¿Pantalones? Ahora no los llevo...

Y avanzó suavemente hacia él.

Con aquella gracia felina.

Con aquella desenvoltura que hacía helar la sangre.

Él fue a cerrar la puerta. Los pantalones resbalaron entonces, porque estaban mal colgados en la percha. Maquinalmente los recogió.

Sus dedos rozaron entonces algo.

—¿Qué es esto? —musitó.

Ella tuvo que acercarse bastante la prenda a sus ojos para poder ver bien lo que él señalaba, tan diminuto era.

—Te sorprenderá —dijo—. Incluso te parecerá mentira que yo lleve aquí una cosa como ésta.

—¿Pero qué es?

—Una escama de serpiente.

En los labios del joven hubo un levísimo fruncimiento. Si aquello tenía algún sentido, él no sabía encontrarlo. Con voz opaca murmuró:

—No sabía que te dedicaras a criar serpientes...

—Oh, no... ¡Qué tontería! Pero parece mentira que tú no sepas que tu mujer es fotógrafo profesional, y que lo mismo fotografía una bacteria a través del microscopio electrónico que una *vedette* saliendo del baño. En esta ocasión me habían encargado unas vistas originales de una serpiente coral en el momento de poner sus huevos. He querido hacerlo tan bien que la coral ha caído encima de mí. Menos mal que en esa especie hay unas que son venenosas y otras no, porque de lo contrario no lo cuento. Ésta, por supuesto, no era venenosa. Me he quitado los pantalones para llevarlos a la tintorería, pero ya no me acordaba.

Y le echó los brazos al cuello.

Bisbiseó:

—¿Ya no te gusto tanto? ¿Te parezco impura?

Él la estrechó olvidándose de todo, olvidándose de lo que había pasado días antes e incluso de su propio nombre.

Pero al notar como ella se movía entre sus brazos no pudo evitar susurrar:

—Serpiente...

La vista era cada vez más espectacular, más luminosa desde los grandes ventanales, y Nueva York parecía cada vez más grande. Al cerrarse la noche y al surgir nuevas luces aquí y allá, uno se daba cuenta de que la inmensa metrópoli no tenía límites. Vivir en un apartamento así resultaba espectacular, pero también caro. Y tenía otro inconveniente: al estar situado en el último piso, un ladrón podía descolgarse desde la altísima azotea, donde se hallaban las dependencias de servicio. En Nueva York, donde se producen tantos robos, era una circunstancia digna de ser estudiada.

Mientras se desprendía a su lado, Margaret susurró:

—¿Qué te parece?

—Todo depende de lo que paguemos aquí.

—No te preocupes; podemos permitirnos ese lujo.

—El último piso tiene otro inconveniente —dijo él—, sobre todo para personas que viajamos tanto como tú y yo. Cualquiera podría descolgarse desde la azotea.

Como si aquellas palabras fueran una premonición, como si con ellas adivinara Prince lo que iba a suceder, en aquel momento oyó sobre su cabeza el ruido leve de unos pasos.

Y arriba no estaba más que la azotea. Era evidente que alguien se paseaba por allí. A aquella hora, cuando no era lógico que hicieran reparaciones en ningún sitio del edificio, existía el noventa por ciento de probabilidades de que se tratara de un ladrón que buscara una oportunidad.

Prince conocía bien lo hábiles que son esa clase de tipos.

En las grandes ciudades constituyen una plaga.

Los llaman «palquistas», como si se dedicaran a saltar de un palco a otro de un teatro. Realmente son tipos que pueden ir de ventana en ventana de un rascacielos si sentir vértigo y sin hacer ruido, hasta encontrar un hueco, por mínimo que sea, que permita el paso de su cuerpo.

No había duda de que uno de ellos rondaba por allí.

El joven dijo con un gesto de resignación:

—Si vas a quedarte en este sitio, necesitas saber al menos los peligros que corres. Subiré a echar un vistazo.

Ella no se opuso.

—¿Te acompaño? —preguntó.

—No. ¿Para qué?

—Puede ser alguien que resulte peligroso...

—O puede ser uno de los conserjes. Si nos ve subir a los dos juntos con cara de miedo, se va a reír de nosotros.

Hizo crujir dos de sus dedos, arregló un poco sus ropas y salió para trepar hasta el límite superior de la escalera de incendios. No pensaba, por descontado, llamar a la policía. Tampoco pensaba organizar ningún drama. Para él ya era bastante convencer al ladrón de que se largarse a probar suerte a otro sitio.

Poco podía imaginar que estaba decidida su muerte.

Y menos podía imaginar aún que aquélla era tan sólo la primera parte de la trampa.

CAPÍTULO VIII

Cuando salió a la azotea, vio una enorme superficie llena de chimeneas, respiraderos, entradas para los depósitos de agua, antenas, zonas resbaladizas y barandillas que se perdían entre las sombras. Por un instante quedó fascinado ante la magnificencia de la vista que se abarcaba desde allí, que era superior a la que podía captarse desde el apartamento. Fue precisamente eso, la fascinación que el paisaje ejercía sobre él lo que le impidió darse cuenta del peligro que acechaba a su espalda.

Un hombre había preparado su rifle.

El rifle era de calibre pesado y estaba apoyado en un soporte, de modo que el cañón no llegara a moverse en lo más mínimo. La boca de fuego estaba encarada hacia la zona de la puerta por la que forzosamente tenía que salir Prince, de modo que éste, al llegar a la azotea, ofreciera sus espaldas al tirador sin sospecharlo siquiera.

Y el tirador no tenía más que apretar el gatillo.

Fue eso lo que hizo.

Con Prince apenas a seis pasos.

No podía equivocarse. No podía fallar.

Prince no sospechaba, por supuesto, que su muerte estaba ya decidida y que la tenía a su espalda, pero tampoco se confió. Él no imaginaba que alguien había hecho ruido expresamente para que subiera. Sin embargo daba por descontado que iba a tropezarse con un ladrón, y que quizá hubiera lucha.

Por eso hizo algo que resultaba elemental en sus circunstancias: apartarse del rectángulo de luz de la puerta. Desde allí podían verle sin que él viese nada. En cambio desde las sombras podía vigilar.

Al apartarse lo hizo con una inesperada rapidez.

Prince estaba acostumbrado a pelear. Sus movimientos no eran lentos. No podía serlo en un hombre que desde los diez años había practicado el judo y que había vivido en los lugares más peligrosos

del mundo.

Para el tipo que estaba tras él, todo fue visto y no visto. Lo tenía delante de su punto de mira cuando de pronto ya no lo tuvo. Prince se había esfumado en el momento en que el otro apretaba el gatillo.

No sonó ninguna detonación.

El silenciador que llevaba el rifle era perfecto.

Y quizá Prince no se hubiera dado cuenta de nada, metiéndose otra vez en la línea de tiro, de no haber visto y oído partirse en dos, delante de sus ojos, aquella tubería de agua. Fue todo como un chispazo, porque instantáneamente la azotea volvió a quedar hundida en el silencio.

De todos modos el hombre que estaba tras él seguía conservando todas las ventajas. Prince no había tenido tiempo para irse de su campo de tiro. Lo malo para el asesino, sin embargo, era el soporte en que apoyaba el cañón de su rifle, como si se tratara de un fusil ametrallador pesado. Con aquello había querido asegurar la más perfecta puntería, pero el soporte le impedía ahora mover el rifle con rapidez.

Prince se dio cuenta de lo que pasaba.

Giró sobre sí mismo.

Sus movimientos estuvieren dotados ahora de una desconcertante rapidez. Su enemigo disparó de nuevo, pero ya sin poder apuntar. Hizo un gesto rabioso mientras notaba que la bala hacía oscilar la antena de televisión.

Lanzó una maldición en voz baja.

Y una figura enorme se recortó entonces a espaldas de Prince, mientras el rifle era abandonado como un trasto inútil. El joven ignoraba que el mastodonte situado tras él había visto la película de la muerte de Lorna Manchester y que había asistido a la reunión en casa del juez Murphy, donde se decidió su muerte. Ignoraba por el momento tantas cosas que al principio tuvo la sensación de que todo aquello era absurdo, de que no estaba ocurriendo realmente.

El mastodonte vino hacia él.

Se llamaba Gumper.

Prince no lo sabía.

Ni le importaba.

Maldito fuera su nombre.

Lo único que pudo ver fue la larga pistola, también provista de

silenciador, que había aparecido en las manos de su enemigo. Prince iba desarmado y se dio cuenta de que su situación resultaba literalmente terrorífica. Un solo arañazo de la «Luger» que aquel tipo empuñaba bastaría para sentenciar las cosas. Bastaría para enviarle con la boca tiesa al valle de Josafat.

Por eso se lanzó de cabeza hacia la oscuridad.

Como un puma.

O como un lobo hambriento que busca la noche.

Su cabeza pareció estallar contra una de las paredes mientras la pistola crepitaba dos veces. Aquel sonido se oyó bastante más que el del rifle, quizá porque el silenciador no era tan perfecto, pero de todos modos no pudo captarse más allá de la azotea. Las balas siluetearon a Prince, pero no llegaron a alcanzarle porque el tirador no le veía.

Había cometido un grave error.

Debió haber encendido las luces de la azotea, en vez de confiar en que todo quedaría resuelto al primer disparo.

De pronto todo se había llenado de sombras para Gumper. Venido del lejano Egipto, donde se le consideraba uno de los hombres más fuerte del país, nunca se había encontrado ante un enemigo tan escurridizo y que tuviera una tan clara intuición del peligro. Pero eso de poco le iba a servir a Prince.

Gumper avanzó.

Sus ojos escrutaron las sombras.

Ahora fue él quien no se dio cuenta de que el enemigo estaba a su espalda. Sólo llegó a captar el chirrido de unos dientes.

Las dos manos cayeron sobre su nuca.

Alternadas.

Abiertas.

Fueron dos auténticos zarpazos de muerte que hubieran deshecho la nuca de cualquiera, pero no lograron llevarse por delante la nuca de Gumper, sólida como una roca. Lo máximo que aquel alemán-egipcio hizo fue tambalearse sintiendo que todo vacilaba en torno suyo. Pero luego se volvió con la «Luger».

Esperaba ver a su enemigo.

Lanzó un gruñido rabioso.

E hizo fuego.

Pero las sombras se habían tragado a Prince como si éste tuviera

un pacto con el diablo. Ya no estaba allí. De pronto Gumper no vio más que sombras que le rodeaban por todas partes, sombras movedizas...

Lanzó otro gruñido.

Esta vez el pie había venido por su espalda y pasado entre sus piernas entreabiertas, alcanzándole de lleno en el bajo vientre. Le dejó materialmente aplastada una parte tan importante de su anatomía que Gumper se levantó del suelo sintiendo que el dolor llegaba en oleadas a su cráneo, sintiendo que algo le enloquecía. De una forma maquinal se sujetó a uno de los respiraderos de la purificación de aire.

Durante aquellos segundos no se dio cuenta de dónde estaba.

Un terrible golpe en la muñeca le hizo entonces soltar la «Luger». Vaciló un instante. Se dio cuenta de una forma confusa de que alguien se lo cargaba a la espalda.

Sujetándolo por la parte posterior de la americana, Prince se lo había cargado como el que carga un saco de harina. Anduvo sólo dos pasos y de pronto arqueó la espalda violentamente, lanzando hacia adelante lo que llevaba encima.

Y «lo que llevaba encima» voló.

Por poco tiempo.

Porque un paso más allá estaba una de las barandillas de la azotea.

Gumper no pudo llegar a sujetarse, a pesar de que lo intentó. Realmente se dio cuenta de lo que sucedía cuando ya estaba lanzado en vuelo. De pronto los millones de luces de Nueva York dieron ante él una vuelta completa.

Sus dedos arañaron el aire.

El alarido hizo estremecer la noche.

Pero cayó por el lado opuesto a aquél en que estaba Margaret, de modo que Margaret no le oyó. Unos segundos después, el cuerpo de Gumper se había estrellado contra un coche que estaba aparcado abajo.

Por su parte, Prince descendió tranquilamente al apartamento que compartía con Margaret. Ésta se hallaba reclinada en un diván. Siguió demostrando a Prince que a ella tampoco le gustaba usar pantalones.

Hizo un leve gesto de sorpresa al verle.

Apenas se notó.

Pero lo hizo.

Entreabriendo apenas los labios balbució:

—¿Qué era?

—Nada —dijo Prince, pensando que la policía ni siquiera se molestaría en investigar en los apartamentos—. Uno de los conserjes estaba afianzando un cable de una antena de televisión. Al verme ha bajado rápidamente.

Y se inclinó sobre la muchacha, que seguía tendida en el diván, más o menos en la postura de una de las majas de Goya.

CAPÍTULO IX

La mujer iba también vestida en un *fifty-fifty*, en un cincuenta por ciento, cuando Prince entró en la elegante habitación. Susan, su legítima esposa, tenía más veteranía que Margaret, tenía más «gancho» y tenía más picardía, sin haber perdido por eso su maravillosa juventud. Total, era dos años mayor que Margaret. En mujeres que todavía no han pasado de los veintiséis, eso apenas si se nota.

Desde aquel apartamento no existía una vista tan maravillosa, pero uno se sentía bien allí. Se sentía tranquilo, seguro, como si los ojos dulces de la mujer significaran una protección. Mientras ella se reclinaba un poco más en el diván, mostrando su torneada garganta, musitó:

—Te esperaba anoche. ¿Dónde estuviste?

Por los ojos de Prince parecieron desfilar de nuevo las escenas de unas horas antes, cuando la noche imperaba sobre Nueva York. Vio los millones de luces que alucinaban, vio la caída del hombre a los abismos, le pareció oír su grito, como le pareció oír de nuevo los susurros de Margaret mientras se besaban poco más tarde. La policía no había hecho más que una investigación rutinaria, limitándose a telefonar a los distintos apartamentos por si faltaba alguien. Prince, mientras pensaba en todo eso, tuvo que cerrar un momento los ojos al darse cuenta de lo distinto que ahora era todo.

Ya no pesaba la noche sobre Nueva York. Al contrario, una claridad turbia lo llenaba todo, mientras desde el norte llegaban a los rascacielos las primeras ráfagas de aire frío. La mujer también era distinta, aunque la calidad de las piernas de una y otra resultara difícil de comparar. Las dos las tenían sensacionales. Sus labios eran igualmente turbadores, igualmente sensuales, igualmente jóvenes.

Besó a Susan.

Se encontró de nuevo con el misterio de su boca, de sus

pensamientos.

Cuando se hubieron besado, ella repitió:

—¿Dónde estuviste anoche? No me has dado ninguna respuesta...

—Tuve trabajo. No me quedó más remedio que hacerlo porque era una cosa urgente.

Ella se relajó un poco.

Le creía.

Sus brazos se alzaron suavemente buscando al hombre, queriendo entrelazarlo fuertemente para que no se le escaparan las caricias de su boca.

Susan tenía los labios levemente curvados en una mueca que quizá era ansiosa.

Y de pronto aquella mueca cambió. Se hizo angustiada, trágica. Un insoportable dolor pasó por ellos. Prince se estremeció pensando, en el primer momento, que una bala disparada con silenciador había alcanzado a la mujer.

Pero pronto se dio cuenta de lo que pasaba. No era aquello. Las cosas eran distintas. El mal que estremecía a Susan se debía a otra causa, y a él no hubiera debido sorprenderle puesto que ya lo conocía.

La hermosa mujer estaba perdiendo el conocimiento con rapidez. Prince no perdió tiempo y pidió por teléfono una ambulancia.

Unos minutos después el aullido de una sirena turbaba todavía un poco más la «calma» de las calles de Manhattan. Susan había pedido con un hilo de voz que la llevaran al hospital Groydon, donde ya la habían atendido otras dos veces. Una vez allí fue llevada inmediatamente a la sección del doctor Tanner, que dirigía el departamento de Cardiología.

Fue el doctor Tanner quien la atendió personalmente. Dijo que habían tenido suerte, porque se encontraba allí por casualidad. Se introdujo con Susan en una de las salas de observación y allí comenzó la angustiada espera para Prince.

Era como si esperara un hijo.

No esperaba un nacimiento, sino una muerte.

La angustia, la desorientación se reflejaban en sus ojos.

Cuando el doctor Tanner volvió a salir, casi dos docenas de

cigarrillos llenaban el cenicero que estaba más cerca de Prince. Y eso que el joven apenas fumaba, porque el tabaco le ponía nervioso.

Sus ojos se clavaron en el médico.

Estaba ansioso.

No podía dominarse.

El doctor Tanner dijo con voz pausada:

—Gracias a su juventud está ahora bien, y creo que dentro de un par de días podrá salir, pero considero mi deber decirle que todo lo que se haga es inútil. El próximo ataque será el último, el definitivo, y entonces no le quedará a usted más remedio que encargarse una corona. No crea que estoy exagerando; simplemente le transmito como médico la sucia realidad.

Prince dejó su último cigarrillo.

Tenía seca la boca, tenía secos los nervios. Le costaba hablar.

—Doctor Tanner —musitó—, hace seis meses hablé con usted y me expuso también cómo marchaban las cosas. ¿No han mejorado entonces? ¿Es peor?

—Claro que es peor —dijo el médico—. ¿O qué esperaba? ¿Qué una válvula hecha trizas se arregle sola? Claro que se podía confiar en los milagros de la cirugía, puesto que hoy logramos ajustar válvulas de plástico con una precisión asombrosa, pero el corazón de su esposa no lo resistirá. Tiene una resistencia tan tremenda a los anticuerpos que provocaríamos un *shock* mortal. Si quiere que probemos la aventura podríamos hacerlo, pero a mí me parecería un homicidio. Por su parte, ella sólo pide que la dejen morir en paz.

Prince cerró un momento los ojos.

Morir en paz...

La frase le hacía tanto daño como un veneno que penetrara poco a poco en su sangre. Notó confusamente que Tanner se sentaba a su lado. Tanner también estaba cansado, también nacían unas arrugas en las comisuras de sus labios. Le pidió un cigarrillo y se puso a fumar. Durante unos instantes, ninguno de los dos pareció darse cuenta del paso del tiempo.

—Hay algo raro en las vidas de ustedes —dijo Tanner—. No es que me importe, pero si esa mujer muere en mis manos quiero saber a quién debo dirigirme. Usted es su marido, ¿no? ¿Pero lo es realmente?

Los dedos de Prince temblaron un momento.

La pena pasaba por él como una oleada lejana. Le costaba pensar hasta una cosa tan sencilla como aquélla. Al fin musitó:

—Realmente íbamos a divorciamos.

—¿Iban? —musitó Tanner.

—Estábamos ya de acuerdo —dijo Prince como si hablara consigo mismo—. Ella soportaba difícilmente las ausencias a que me obligaba la profesión, y yo no quería cambiar de vida. Por otra parte, me temo que la pobre Susan se engañó conmigo. Ella es una mujer... ¿cómo le diría...? Es una mujer ambiciosa a su manera. Le gusta lucir. Cuando supo que yo era un periodista internacional, imaginó grandes recepciones de gala, visitas a países fastuosos, bailes en las embajadas... Debí creer que trataría de «tú» a Soraya y que seguidamente sería invitada a sus residencias campestres por el presidente Pompidu y por el presidente Nixon. No hablábamos demasiado de eso, pero yo debí comprender que ella soñaba en ese mundo. Debí desengañarla entonces, no ahora.

Hizo una breve pausa, se acarició un momento las cejas como para disimular su cansancio y musitó:

—Mi vida es terriblemente distinta de lo que ella soñó. Claro que hay alguna recepción de vez en cuando, pero la mayor parte de las veces la mujer de un simple periodista nada tiene que hacer allí. Por lo general me tengo que mover entre gentes equívocas que son las que tienen las noticias que en los ministerios jamás me darán. He de seguir pistas a veces absurdas y siempre incómodas. He de visitar lugares devastados donde planea la muerte. He de esperar enlaces de ferrocarril o de avión en sórdidas estaciones o en pequeños aeropuertos donde no hay más que cuatro sillas y una estufa. ¡Y aún hay quien envidia mi vida! Para mayor suerte, cualquier día pueden despedirme de mi agencia, porque mi empleo no es fijo. Todo esto puede tener cierta gracia a los treinta años, pero a los cuarenta supongo que será una cosa mucho más amarga. Susan se dio cuenta de todo eso, porque las mujeres tienen un gran sentido práctico, y decidió que no quería seguir viviendo conmigo. Eso fue todo.

—¿No resulta demasiado cruel? —susurró Tanner—. ¿Es que ella no le quiere?

—Naturalmente que me quiere. De lo contrario habríamos dejado de vernos hace tiempo. El hecho de que ella decidiese no

vivir conmigo no significa que tuviera fuerza de voluntad para abandonarme. Precisamente porque me quiere aguantó la soledad, las impertinencias de mi profesión, las irregularidades en el envío de dinero y todo eso. Yo me daba cuenta de que estaba frustrando su existencia. De que dentro de unos años lamentaría haberme querido demasiado y no haberme dejado a tiempo. Ahora, en cambio, podía reconstruir su vida con un diplomático, con un banquero, con alguien que satisficiera sus ansias. Precisamente porque la quiero estaba dispuesto a darle todas las facilidades. Al final llegamos a un acuerdo para divorciarnos e interpusimos la demanda. En Estados Unidos, estando los dos de acuerdo, ése es un simple trámite.

—Lo sé.

—Fue después de presentada la demanda —continuó Prince—, cuando yo conocí a Margaret en uno de mis viajes. Margaret es muy distinta de Susan, porque ama la libertad, las incomodidades, la inseguridad. Es un poco como yo. De una forma instintiva, maquinal, adivinamos que jamás tendríamos dificultades el uno con el otro. Nos casamos hace poco en Roma, en la embajada de Estados Unidos. Por lo tanto en este momento soy un vulgar delincuente, lo confieso. En este momento he cometido el delito de bigamia.

—¿Por qué lo hizo? ¿Confiaba en que el divorcio se solucionaría tan rápidamente que no valía la pena esperar?

—Eso es lo que pensaba —dijo Prince—. Se trataba de un simple trámite. Y pensé que Margaret no era una aventurera ni mucho menos: si quería que me acompañase y viviera conmigo, tenía que darle mi nombre.

—¿Margaret no sabe que está usted casado con otra?

—No.

—¿Y Susan sabe que se casó usted por segunda vez?

—Tampoco.

—Si se enterara podría llegar a meterle en la cárcel. ¿Se da cuenta? —preguntó Tanner—. La bigamia es un delito.

—Dudo que llegue a enterarse —dijo suavemente él—, pero aunque lo hiciera le costaría tiempo conseguir las pruebas, iniciar la demanda... En fin, demasiadas complicaciones para ella.

—De todos modos —susurró el médico mientras dejaba los restos del cigarrillo—, el hecho de que tengan planteada demanda

de divorcio estando los dos de acuerdo, es una atenuante muy clara. No llegarían a condenarle a usted. En todo caso la condena quedaría en suspenso y no estaría ni un día en la cárcel. Distinto sería si Margaret le demandara también por engaño, pero no creo que eso ocurra.

Prince movió la cabeza tristemente.

—No —dijo—, no ocurrirá. Pero hay algo que debe saber, doctor: yo ya he retirado mi demanda de divorcio.

Tanner le miró con sorpresa.

—¿Qué dice? —susurró.

—Se me planteó un problema de conciencia que no se me había planteado jamás —susurró el joven—. Cuando creía que Susan estaba llena de vida, cuando la imaginaba siendo feliz por otro lado, no sentí remordimientos al unirme a otra mujer, ya que al cabo de un par de semanas estaría divorciado. Pero fue entonces cuando Susan sufrió su primer ataque al corazón, y las cosas cambiaron radicalmente. Usted me dijo desde el principio la erada verdad. Y yo me di cuenta de que Susan no era más que una pobre mujer destinada a morir sola como un perro al que su amo nunca ha querido, una mujer que no tendría ni el elemental consuelo de que su marido la cerrara los ojos. Todo eso me pareció repugnante e indigno. Por eso dije a Susan que anulábamos la demanda de divorcio y que permanecería junto a ella. Desde entonces me he portado como un marido normal, ¿sabe? La he inundado de dinero tanto como he podido, aunque no ha sido gran cosa. La he amado como la amaba al principio, cuando nuestras diferentes concepciones de la vida no nos habían enfrentado aún. No quiero que le falten la compañía ni el cariño. Por eso me han encontrado jímio a ella cuando ha ocurrido eso.

—¿Y su otra mujer? —preguntó Tanner.

—He de engañarla, como en cierto modo estoy engañando a Susan. Es curioso y es triste al mismo tiempo. Tener que engañar a su propia mujer con su propia otra mujer resulta lo más descorazonador, en que se puede ver metido un tío. Como para que lo encierren en un ataúd y lo despachen, vaya.

Tanner cabeceó pensativamente.

—Me doy cuenta —dijo—, de que es un caso que usted ha querido resolver sin dañar a nadie y atendiendo a lo que le decía su

conciencia. Muy bien. Pero sin duda tiene motivos para desear la muerte de Susan.

—De ningún modo. ¿Por qué iba a tenerlos? Al contrario, lo que yo deseo es que viva. Y gastaré todo mi dinero en curarla si es preciso.

—Desgraciadamente no se curará —dijo Tanner—, pero imaginemos que se produce el milagro. ¿Qué hará usted? Tendrá que elegir entre una mujer y otra. Y habrá de decirles la verdad a las dos.

—En tal caso la diré —prometió él—. No me causará tanta pena. Pero lo que deseo en este momento con toda mi alma es que Susan no esté sola cuando más me necesita.

Tanner se puso en pie.

De pronto ya no parecía tan cansado.

Dio una palmada amistosa en el hombro de Prince.

—Procure que Susan no tenga ningún sobresalto —dijo—. Un sobresalto le resultaría fatal...

—Lo procuraré, doctor.

—Y ahora váyase tranquilo. Ha pasado la crisis y dentro de dos días volverá a casa... donde permanecerá hasta que la saquen con los pies por delante. Por lo tanto nada de sobresaltos. Nada...

Prince se lo prometió.

Estaba convencido de que al menos lograría eso.

Pero poco imaginaba que las cosas iban a resultar muy distintas.

Alguien le había seguido hasta allí, alguien le había vigilado mientras él visitaba el apartamento de Susan.

Margaret le contempló en silencio desde la esquina más cercana del hospital, sin que él llegase a verla.

En la cara de la muchacha había una expresión tensa, odiosa. Había una mueca indescifrable que nadie hubiera podido explicar.

CAPÍTULO X

Junto a las informaciones más o menos espectaculares que un hombre como Prince podía hacer, se veía obligado a cumplir con otra serie de informaciones perfectamente rutinarias y que no le producían más que un perfecto hastío. Pero la agencia *United Press*, abarca todo, desde un crimen político hasta un nuevo invento, y por lo tanto sus corresponsales deben informar de las cosas más variadas. Y así aquella mañana, dos días después justamente de la crisis sufrida por Susan, Prince recibió la orden de trasladarse a la zona casi desértica de Indwood, junto a Jamaica Bay, para presenciar las pruebas que el servicio contra incendios iba a efectuar de un nuevo líquido extintor. Los motivos de que le designaran a él para una información de tal clase estaban perfectamente claros dentro de las normas que regulan la profesión. Uno de los accionistas de la *United Press* en Londres era al mismo tiempo accionista de la compañía que fabricaría el líquido extintor. Le interesaba, pues, un amplio reportaje sobre las pruebas que iban a efectuarse en Nueva York, un reportaje que a ser posible diera la vuelta al mundo y llegara a los posibles compradores. Pocos hombres podían sacar «chispa» de un asunto tan poco interesante al parecer, y uno de ellos era Prince. De aquí que le designaran.

Por eso aquella mañana el joven dejó su «Corvette» al final de Rockaway Boulevard y siguió un poco a pie por Rockaway Freeway, que termina en Channel Beach y la estación naval militar de Bennett. Allí presenció los preparativos para la prueba.

Había un gran camión cisterna en una explanada.

Estaba lleno de gasolina, como era natural.

En un momento determinado le pegarían fuego.

Segundos después, cuando aquello fuese un infierno, entrarían en acción los extintores con el nuevo líquido. Se pretendía que éste fuera más rápido y más seguro que todos los existentes.

Prince hizo de entrada un par de interviús, procurando que aquello no pareciera publicidad, y luego se dispuso a presenciar la prueba. Había allí unos cuantos representantes de los periódicos locales, todos con cara aburrida. «Puestos a provocar incendios. — Debían pensar todos—, podían haber incendiado la casa del dueño del periódico. También eran ganas de perder el tiempo...»

Por medio de una bala incendiaria disparada a prudente distancia, se puso en ignición, el gigantesco mastodonte cargado de gasolina. Éste se había convertido segundos después en un auténtico océano, llameante. Parte de la estructura hizo explosión y las llamas salieron despedidas a gran distancia, mezcladas a pedazos de metal. Las máquinas extintoras se pusieron a funcionar entonces, enviando a la base de las llamas nubes de espuma blanca.

Todo era espectacular.

Todo era hermoso en cierto modo.

Y sin embargo todos lanzaron al unísono un grito de horror.

En especial Prince.

Porque había visto descomponerse el camión cisterna en cien pedazos.

Porque había visto las llamas brotar como un infierno súbitamente liberado.

Porque había visto algo más.

Un cuerpo humano.

¡Porque había visto aquel cuerpo salir disparado al provocarse la explosión! ¡Porque había visto las llamas envolviéndolo!

Sus ojos siguieron alucinados la fantástica trayectoria de aquel bulto.

De aquel cuerpo retorciéndose en el aire. ¡De aquel cuerpo de mujer...!

CAPÍTULO XI

Los pensamientos atravesaron el cerebro de Prince como caballos desbocados, como ñeras aullantes. Los pensamientos fueron tan horribles que durante algunos segundos paralizaron completamente su cuerpo. Pero casi inmediatamente se dio cuenta de que aquel espantoso crimen estaba relacionado con todos los demás.

La vio caer al suelo.

Las llamas la rodeaban.

Tenía que estar muerta cien veces.

¡Y sin embargo el cuerpo se movía! ¡Se retorció aún!

¡Su sufrimiento tenía que ser horrible!

Pronto se dio cuenta Prince, sin embargo, que las cosas no debían ser así. Los movimientos de aquel cuerpo eran puramente mecánicos y no producto de una voluntad consciente. Porque ella ya estaba ahogada antes. No se daba cuenta, ahora, de cuanto pudiera ocurrirle.

Otra vez los caballos desbocados atravesaron el cerebro de Prince. Dos nombres saltaron a su imaginación y los dos le produjeron un dolor insufrible.

¡Susan! ¡Margaret!

¡Cualquiera de los dos podía haber sido la víctima!

El joven corrió maquinalmente hacia las llamas. Fue el primero en moverse, ya que los demás seguían completamente paralizados por el estupor. Incluso los policías que cuidaban el buen orden durante la prueba eran incapaces de actuar, de hacer algo.

De todos modos uno reaccionó al ver que Prince se dirigía en línea recta hacia las llamas.

—¡Eh, loco! ¡Deténgase, maldita sea! ¡Se va a abrasar!

Prince ni le hizo caso.

Seguramente ni le oyó.

Estaba a poca distancia del fuego cuando ocurrió la segunda parte de la tragedia: alguien disparó contra él con un rifle de precisión. Y Prince no hubiera tenido la menor posibilidad de salvarse de no ser por el joven policía que había seguido sus pasos. Fue él quien le salvó, pero sin enterarse. En realidad creyó que le salvaba del fuego.

Prince notó que hacían un magistral placaje a sus pies cuando ya estaba a punto de llegar a las llamas. Dos brazos de acero le sujetaron por los tobillos y le inmovilizaron instantáneamente.

Cayó hacia adelante como si fuera una torre que se derrumba.

Inmediatamente oyó el silbido de la bala.

Ésta había sido disparada a trescientas yardas y sobre seguro. De no ser por la brusca caída del joven, el proyectil le hubiera atravesado de lleno la cabeza.

Prince apenas pudo mirar al policía.

Rodó junto al fuego mientras parecían abrasársele los ojos.

Pero aun así pudo ver el coche desde el cual habían efectuado el disparo. Era un largo sedán color negro de una marca que no pudo identificar a aquella distancia. Un hombre se hallaba al volante y otro apoyaba el rifle en el techo para poder apuntar mejor. No cabía duda, por su posición, de que se disponía a apretar el gatillo otra vez.

Pero tenía una desventaja, además de haberle fallado la sorpresa: no veía apenas a Prince, rodeado de humo del incendio. En cambio Prince podía verle a él, aunque dentro de unos instantes lagrimearían sus ojos y ya no distinguiría nada.

El policía masculló:

—Está loco.

Prince se dio cuenta de que le acababa de salvar la vida.

—¡Debo estarle agradecido! —gritó—. ¡Pero no podré decírselo otra vez si no me da su pistola! ¡Pronto...!

—¿Para qué?

—¿No lo ve todavía, desgraciado? ¡Nos acribillan a los dos!

Como el otro no acababa de decidirse, Prince le arrancó la pistola de un tirón. En aquel momento se había producido ya el segundo disparo, pasando la bala entre sus dos cabezas.

Prince apuntó a su vez.

El coche negro estaba detenido en mi camino vecinal de la Head

Bay, en el punto en que el mar penetra como si quisiera dirigirse a Valley Stream. El hombre del rifle asomaba toda la cabeza por encima del techo. No resultaba un blanco demasiado difícil para un hombre que tuviera nervios de acero.

Y Prince los tenía.

Como si aquello no fuera con él, como si él no corriese ningún peligro, apuntó y disparó tres veces. Fue siguiendo la línea del techo del vehículo por si la cabeza oscilaba.

A la tercera bala lo alcanzó.

El hombre soltó el rifle, mientras lanzaba un aullido que desde allí no llegó a oírse, y quedó apoyado en el coche. El conductor se dio cuenta de lo que sucedía y arrancó. En cuestión de segundos, el cadáver quedó atrás mientras el coche se largaba a toda velocidad hacia la carretera número 2, que conduce a Lynnbrook.

La ola de espuma los alcanzó en aquel momento a los dos. Era tiempo, porque de lo contrario Prince y el agente hubiesen acabado devorados por las llamas que se extendían. Segundos después, una montaña de agua se abatió sobre ambos para que el nuevo líquido extintor, que era ligeramente corrosivo, no les dañara.

El incendio se iba extinguendo por momentos.

De lo que había sido enorme camión cisterna sólo quedaban unos restos.

Empapados como estaban, el policía y Prince se dirigieron hacia el cuerpo de la mujer, del que quedaban todavía unos restos. El corazón de Prince latía aceleradamente. Tenía la absurda sensación de ser un niño que ve una mujer muerta por primera vez.

Al encontrarse ante aquellas facciones medio deshechas, pero todavía reconocibles, exhaló sin embargo un suspiro de alivio.

Era cruel.

Pero le parecía que todo resultaba distinto por el hecho de que aquella mujer no era Margaret ni era Susan. Resultaba una perfecta desconocida para él. Lo único que podía constatar es que era joven, o que lo había sido. Nada más. Nunca la había tenido ante sus ojos.

Otros policías llegaban jadeando.

Y otros periodistas.

Uno de ellos murmuró:

—¡Y yo que pensaba que iba a informar solamente de un incendio...!

—¡Claro que vas a tener que informar de un incendio! —gritó uno de sus compañeros—. ¡Carcamal! ¡Me estás metiendo tu cigarro en la oreja!

CAPÍTULO XII

—La mujer se llamaba Glenda Finley —dijo monótonamente el teniente Richardson mientras algunos fotógrafos tomaban sus placas—. Tenía veinte años. La autopsia no ha podido ser completa, como es natural, puesto que parte del cuerpo estaba destruido por el fuego, pero de todos modos sabemos que no murió quemada. Sus pulmones estaban abrasados porque se incendió con el calor la gasolina que llevaban dentro. Eso indica que estaba ya ahogada cuando se produjo la explosión. Ahogada en un excelente líquido de 98 octanos, del que todos pagamos a precio de oro.

Hizo una mueca sardónica.

Se apartó un poco de la mesa de mármol, donde estaba el cadáver, y continuó mientras los fotógrafos buscaban otros enfoques.

—Por supuesto, no sabemos cómo llegó hasta allí. La boca de carga del camión cisterna es lo bastante amplia para que un cuerpo delgado entre por ella. A veces hay que limpiarlos y esa tapa se emplea. El cuerpo de Glenda Finley era delgado y por eso pudo ser metido allí.

Prince preguntó con una voz crujiente y que no parecía suya:

—¿Estaba vigilado el camión cisterna?

—No —dijo el teniente—. ¿Para qué iba a ser vigilado? Dos horas antes de la prueba fue situado allí, y los de la casa Shell, sus propietarios, juran y perjuran que entonces no había ninguna mujer en su interior. Resulta razonable que digan la verdad. El vehículo estuvo abandonado cuestión de media hora, mientras iban llegando los distintos elementos que iban a intervenir en el ensayo de extinción.

—¿Pudo acercarse un coche con la víctima? —preguntó Prince.

—Sí —reconoció a regañadientes Richardson—. Comprenderá que no teníamos especial interés en vigilar aquel camión cisterna.

Nadie iba a llevárselo para poder ir cargando el mechero de tarde en tarde.

Prince lo comprendía perfectamente.

Pero otra pregunta le atormentaba. Otra vez los caballos desbocados pasaban por su cerebro.

—Dígame algo, teniente —susurró—. En este momento actúo como testigo del crimen y no cómo periodista. No publicaré la respuesta. ¿Pero la chica había sido ultrajada por alguien?

El teniente movió la cabeza negativamente.

Y eso, aunque ya no tuviera importancia, significó un alivio para Prince. No hubiera sabido explicar por qué.

—Glenda no había sido tocada recientemente —dijo el policía—. Los medios técnicos de que ahora se dispone para las autopsias nos permiten afirmar eso. Una violación deja señales, signos... En fin, que a pesar del fuego lo hubiéramos notado sin duda. ¿Por qué pregunta eso?

—Porque me acuerdo de Lorna Manchester.

Los labios del oficial temblaron un momento.

—¿Qué le ha movido a recordarlo? —susurró.

—Algo que me atañe muy directamente. Algo que he ido pensando una y otra vez durante estos condenados días —musitó Prince—. Dígame si alguno de los miembros del jurado que va a juzgar a Barry Nolan se llama Finley.

El representante del fiscal del Distrito, que estaba con el forense junto al cadáver, susurró:

—Sí.

Su voz había sido ronca.

Palpitaba en ella una secreta ansia.

Prince le miró con curiosidad.

—¿Sí? —preguntó.

—Hay un tal Finley. Es el que actuará como secretario del jurado probablemente —dijo el representante del fiscal mientras por sus ojos pasaba una lucecita de inquietud, casi de terror.

—¿Se da cuenta de lo que eso significa? —masculló Prince.

—Claro que me doy cuenta. Y voy a hablar con mi jefe inmediatamente —barbotó el abogado—. Esto es algo que tiene unas dimensiones en las que prefiero no pensar.

—Ni yo tampoco —murmuró Prince—, ni yo tampoco...

Y añadió con suavidad, casi con dolor:

—Pero las pienso...

El juez Murphy había entrado de nuevo en su habitación del sótano, donde esta vez no estaba instalada la pantalla porque no había ninguna película para pasar... En cambio estaban los mismos hombres de la primera vez, con una excepción: el gigante al que enviaron para que liquidase a Prince en el nuevo apartamento de Margaret había excusado su asistencia. No estaba allí porque tenía importantes compromisos en el sexto infierno, entrando a mano derecha. Y si no había enviado una carta a los allí reunidos diciendo que no vendría, eso importaba poco. Los asistentes se daban por enterados, y eran tan buenos chicos que le disculpaban cordialmente.

El juez Murphy dejó su cartera sobre uno de los sillones.

Sus facciones tenían un raro color amarillo. Los pies le temblaban un poco al andar, como si de repente hubiera envejecido.

Harry Nolan preguntó:

—¿Qué le pasa, juez?

—¿Le parece poco?

Y mostró uno de los periódicos que llevaba en el bolsillo de su gabán de entretiempo. Un plano de la muchacha quemada (en una foto que incluso era de mal gusto) figuraba en las páginas interiores, pero también estaba la foto del tipo al que había apiolado Prince. Y la cara de éste, con una bala en mitad de la frente, también era de mal gusto.

Sobre todo para sus jefes.

Con voz espesa, Murphy barbotó:

—¿Os parece poco? Tengo que repetir la pregunta porque nadie me ha contestado. Dos veces hemos intentado matar a ese perro rabioso de Prince y dos veces hemos fracasado. Lo del apartamento no podía fallar, porque el rifle instalado en la azotea era de gran precisión. Lo del coche tampoco, podía fallar en teoría, porque Klaner, el muerto, era un tirador excelente que había sido preseleccionado para los Juegos Olímpicos. ¿Y qué...? —hizo una pausa antes de gruñir—: Reconozco que la suerte ha ayudado a ese maldito, pero en todo plan hay que contar con los imponderables. Lo cual indica que nuestros planes han sido trazados pésimamente.

Los imponderables no fueron tenidos en cuenta.

Y miró a Barry Nolan como si le hiciera responsable de todo.

Barry Nolan también había palidecido.

Pero masculló:

—Nadie tiene la culpa. Y si usted siente miedo por el hecho de que han identificado a Klaner, no se preocupe tanto. Ninguna relación podrá ser descubierta entre Klaner y yo. Mucho menos entre Klaner y usted.

—No es eso lo que me asusta. —Gruñó el juez—. Lo que me inquieta es que los miembros del jurado no han reaccionado aún tras esas muertes, o sea, que no han dimitido, aunque comprendo que hay que darles un poco de tiempo para que el pánico cunda. Pero es que he sabido que se prepara una campaña de prensa levantando muchos trapos sucios, y si la campaña empieza, los del jurado se mantendrán en sus puestos. Eso hace que sea absolutamente necesario eliminar a Prince. Absolutamente necesario, repito. A cualquier precio.

Todos asintieron.

Hasta Barry Nolan, a pesar de que a éste le disgustaba que alguien dijera en su presencia lo que se tenía que hacer.

Fue a contestar algo.

Y de pronto la puerta se abrió.

Todos vieron los pantalones ceñidos.

Parecían de mujer.

¿Lo eran realmente?

Hoy ya no se sabe ni eso. Muchos hombres visten como las mujeres, y muchas mujeres como los hombres.

Ya se sabe: Andar por las calles es un lío.

Uno corre el peligro de meter la pata, pero de verdad, si un día la mano se le larga demasiado...

Los que estaban reunidos allí, sin embargo, no pensaron más que fugazmente en eso. Vieron los pantalones avanzar poco a poco hasta situarse ante el mejor asiento de la sala. Luego se hizo un silencio expectante y casi obsesivo. Al cabo de unos instantes sonó la voz metálica:

—Hay un modo muy sencillo para que Prince muera —dijo aquella voz—. Me he enterado de la campaña de prensa que piensa desatar señalando la relación que hay entre las muertes de las dos

mujeres y los miembros del jurado, lo que hará reaccionar a la opinión pública. Los jurados, empujados por esa opinión, no tendrán más remedio que mantenerse en sus puestos y emitir un veredicto de culpabilidad. El juez Murphy poco podrá hacer. Y como cada día cuenta, pues el *Trieste* está a punto de llegar, hemos de obrar enseguida. Como os digo, existe un método para acabar con ese perro rabioso.

—Existen miles de métodos. —Gruñó Barry Nolan, molesto—. Incluso podemos comprar un avión con «missiles», cosa no tan difícil después de todo, y arrasarlo el bloque de apartamentos en que vive. O podemos colocar una bomba en su coche, aunque dudo que se fíe.

O podemos apostar una docena de tiradores en el edificio fronterero, para acribillarlo cuando salga de su casa. ¿A qué viene eso ahora? Hemos fallado dos veces, pero no fallaremos la tercera.

—Hemos de estar seguros —dijo la voz metálica.

—¿Y qué hay que hacer? ¿Qué sugieres?

—Hacer que se entregue en nuestras manos completamente indefenso —murmuró la voz—. No pensará en defenderse cuando el plan que yo he imaginado empiece a desarrollarse. Cuando ataquemos tan salvajemente a su querida esposa...

CAPÍTULO XIII

Susan había salido de la clínica con mucho mejor color que cuando entró, pues al ponerse en manos del doctor Tanner estaba mortalmente pálida. Pero se notaba que algo había cambiado en ella; se notaba que estaba mucho menos segura de sí misma, y que a pesar de su belleza había empezado a insinuarse ya en su cara la sombra de la muerte. Quizá le habían dicho que el próximo ataque podía ser el definitivo, o quizá ella lo adivinase sin que se lo dijeran. El caso fue que cuando Prince fue a recogerla en el coche ella tuvo que apoyar la cabeza en su hombro mientras decía:

—Tengo miedo...

Prince condujo pensativamente con una mano, sin dejar de ayudar con la otra a que su esposa apoyara la cabeza en su pecho. Sabía que la consolaba así, y sabía que de esta manera se sentía más fuerte.

Él también tenía miedo.

¿Para qué negarlo?

Miedo por Susan, que podía morir en cualquier momento. Miedo por Margaret, a la que podían atacar para forzarle a dejar sus actividades. Y miedo también por la misma Margaret, aunque a causa de un motivo distinto: debería dejarla por una temporada para pensar sólo en Susan. No podía dejar ahora a la enferma, sabiendo que cualquier instante podía ser el instante del fin.

Cuando llegaron al apartamento que ella ocupaba, parecía que Susan se sentía mucho mejor. Las cosas del corazón tienen esas bromas: cuando todo pasa, parece como si no hubiera ocurrido nada. Hasta que un día...

Apenas habían acabado de instalarse sonó el teléfono.

Los dos descolgaron al mismo tiempo; Susan por el auricular principal, y Prince por el supletorio, pues temía que pudiera tratarse de una amenaza. Sin embargo, no era nada de eso. Se trataba

simplemente de la *boutique* en que ella se vestía, desde la cual decían a Susan que ya tenía arreglada la última falda que se compró.

—¿Quiere probársela? ¿O le molesta venir ahora?

—No —dijo Susan—, no me molesta. Iré. Incluso puede servirme de distracción.

—Pues la esperamos. Gracias.

Prince colgó también.

—¿Quieres que te acompañe, Susan?

—¿Para qué...? Es ahí enfrente...

En efecto, desde las ventanas se veía la *boutique*. No había que hacer prácticamente más que atravesar la calle. De todos modos, el joven insistió:

—Puedes sentirte mal...

—El doctor Tanner me dijo que no había peligro de momento. Esos ataques no se repiten con tanta rapidez, aunque debo tener cuidado para no sobresaltarme. No creo que atravesar la calle sea ningún peligro —añadió riendo—. Puedes vigilarme desde la ventana si quieres.

—Lo haré.

Prince la vio cruzar la calle. En efecto no había ningún peligro. Incluso el tráfico era escaso. Pero de pronto sus ojos se achicaron mientras todo su cuerpo sufría una brutal contracción.

Su instinto le puso en guardia enseguida contra aquel coche que venía lanzado a gran velocidad. Se dio cuenta de que allí iba a ocurrir algo. El coche, en efecto, se detuvo junto a Susan, que se había detenido bruscamente en mitad de la calzada para no resultar arrollada.

Las portezuelas de aquel lado se abrieron. Varias manos se tendieron hacia Susan. Ella gritó angustiosamente.

Desde su altura, Prince no oyó aquel grito, pero se dio perfecta cuenta de lo que sucedía. La mujer intentó huir. Las manos la empujaron brutalmente hacia el interior del coche.

Por supuesto, varias personas vieron aquello, aunque ninguna intervino. Nueva York, como la mayor parte de las ciudades occidentales, es la capital de la indiferencia. Nuestra «civilización» nos ha llevado a eso. A una mujer pueden violarla en medio de la Quinta Avenida sin que nadie se detenga a ayudarla, porque al fin y

al cabo el tiempo es oro y uno ha de ir a lo suyo. Por eso suele tranquilizar tanto ver por las calles a las parejas de dos enormes guardias con dos enormes porras.

Pero ahora no había guardias allí.

El coche reemprendió la marcha y dobló bruscamente a la izquierda para dirigirse al Puente de Washington.

Quizá Prince gritó también.

Realmente no llegó a saberlo.

Sus huesos crujieron mientras una desesperada sensación de impotencia se apoderaba de él. Desde allí, rozando las alturas, no podía hacer nada contra un coche que escapaba a gran velocidad muchas yardas más abajo. Pero de todos modos fue hacia la puerta mientras sus músculos le quemaban, deseosos de acción.

Por lo menos había visto el coche y conocía su modelo y su color. También había visto la dirección que en principio seguía. Aunque fuera con unos minutos de desventaja, el seguirlo tampoco era imposible.

Iba a salir cuando sonó el teléfono.

Estuvo a punto de no contestar.

Cada segundo contaba.

Pero algo le dijo que la llamada estaba relacionada con lo que acababa de ocurrir, y por eso descolgó el aparato. En efecto, una voz tranquila, suave, le saludó desde el otro lado del hilo.

—Querido amigo Prince... ¿Qué tal?

Él barbotó:

—¿Quién es?

—Usted no ha tenido nunca el gusto de hablar conmigo. Soy Barry Nolan...

Prince masculló:

—Espere.

—¿Esperar para qué? ¿Qué va a hacer?

—Desinfectarme la oreja. Después de oír tu asquerosa voz, tengo miedo de atrapar algo así como la peste bubónica. No quiero que me hagan una trepanación de urgencia.

Barry Nolan no se inmutó. Se daba cuenta de que el otro aún conservaba toda su serenidad, pero eso no hizo cambiar sus planes. Con voz pausada dijo:

—Supongo que has visto lo que acaba de pasar con tu deliciosa

mujercita... Bueno... Te llamo para que no sufras.

—¿Para qué no sufra...?

—Claro... En el fondo yo soy un buen chico que no quiere asustar a la gente. Tú te estás preguntando ahora adónde hemos llevado a tu preciosa compañera de cama, ¿no? Ésa es tu principal obsesión. Pues te lo voy a decir...

La voz añadió con un tono silbante:

—Métete esto bien en la cabeza, maldito: Hay una importante calle en New Rochelle que se llama Pelham Road. Supongo que la conoces.

—Sí —dijo Prince—. En mi cochino oficio, hay que conocer las ciudades.

—Pues una vez estés al final de Pelham Road, tuerce a la derecha y dirígete directamente hacia el mar. Es la última calle que vas a encontrar. Lleva directamente al mar, a un sitio desde donde se ve muy bien Long Beach Point.

—También conozco eso.

—Mejor para ti, hermano. Puedes tomar tu magnífico bólido pagado a plazos y rodar hacia esa dirección. Encontrarás junto a la playa un barracón donde en otro tiempo hubo unos pequeños astilleros. Allí te daremos razón de tu querida esposa.

Prince preguntó con voz chirriante:

—¿Es ahí dónde la estáis llevando?

—Pues claro... Pero no hace falta que te dé unas instrucciones la mar de elementales y que tú conoces mejor que yo: nada de policías, nada de personas extrañas, nada de armas, nada de llamadas telefónicas para alertar a la bofia. Tu teléfono está intervenido desde hace una hora, por lo que nos enteraremos si llamas a los azules. Y si te detienes en el camino para llamar desde una cabina pública, el resultado será el mismo porque uno de nuestros coches va a seguirte. En un caso u otro, no volverás a ver a tu querida Susan. Y ahora ponte en movimiento. Si tardas demasiado y nos aburrirnos, a lo mejor *la estropeamos* como a las otras...

Prince se estremeció brutalmente.

Oyó el «tlac» del otro auricular al ser cortada la comunicación.

Mientras él también colgaba, pensó con ansiedad en el panorama que tenía delante de los ojos. Le habían metido en una

trampa sin salida, una trampa en la cual todas las cartas estaban en manos de los otros. Llamar a la policía resultaría infantil, pues no dudaba ni por un momento que era verdad lo que aquel perro rabioso acababa de decirle. Una sola intervención ajena significaría la muerte de Susan. Por otra parte, estaba absolutamente convencido de que, una vez allí, lo liquidarían como a una hiena.

Pero no podía elegir.

Dejar que hicieran con Susan lo que habían hecho con las otras le parecía tan abominable que no quería ni pensarlo. Se hubiera vuelto loco caso de saberlo. Por lo tanto decidió ir.

No llevó armas.

¿Para qué?

Descendió a la calle y se puso al volante de su «Corvette».

Sus enemigos no trataron de disimular. Un «Pontiac» azul que había estado estacionado a poca distancia rodó tras él. Prince atravesó el Bronx por la autovía 95, y al llegar a Bay Park dobló hacia el norte, con el «Pontiac» pegado a sus talones. Dejó atrás los límites del municipio de Nueva York y penetró en Westchester. Desde allí no le fue difícil llegar a New Rochelle.

Conocía aquellos lugares.

No se detuvo para llamar ni dudó una sola vez.

En el lugar indicado, vio el barracón de lo que había sido antiguo astillero para embarcaciones deportivas. Todo tenía allí un aspecto de abandono total. No se veía a nadie ni se oía el menor sonido: sólo llegaba hasta él el grito solitario de las gaviotas.

Prince avanzó poco a poco.

Sabía que aquello era la muerte.

Una saliva amarga y densa se iba posando en su lengua.

Pero no tenía miedo por él, sino por Susan. Pensaba con horror en lo que quizá podrían hacer con ella después de liquidarlo.

El «Pontiac» que le había seguido se detuvo a poca distancia. Tres hombres descendieron de él. Ninguno era Barry Nolan.

Prince avanzó hacia el barracón.

Sus nervios vibraban.

Los ojos eran dos rendijas en su rostro.

Con sorpresa, vio que el barracón era por fuera una cosa y por dentro otra muy distinta. El interior estaba bien amueblado y resultaba confortable. No resultaba difícil adivinar que en aquel

sitio casi abandonado, y sin embargo cerca de la ciudad, tenía Nolan uno de sus puntos auxiliares para el tráfico de droga. Prácticamente las lanchas cargadas con la mandanga podían atravesar la Long Island Sound sin ninguna dificultad y detenerse ante las mismas rampas del antiguo astillero.

Pero no fue eso lo que le impresionó.

Vio algo más.

Susan estaba sentada en una silla, con las manos atadas a la espalda. Le habían desgarrado la falda y mostraba enteramente sus preciosas piernas, enfundadas en medias oscuras. Sus facciones reflejaban horror.

Barry Nolan estaba allí.

La miraba fijamente.

Resultaba difícil decir a quién miraba más fijamente y con más odio: si a Prince o a Susan.

Prince barbotó:

—¿Qué vais a hacer?...

Era una pregunta elemental, pero tal vez ingenua. Con ella, Prince tradujo lo que pasaba por su cerebro atormentado. Pero no obtuvo respuesta.

En todo caso, la respuesta le vino dada por los hechos. Un culatazo se abatió sobre su nuca.

Prince tenía cabeza de hierro.

Había resistido muchos golpes y había seguido en pie cuando muchos otros hubieran caído desvanecidos en tierra.

Y esta vez también siguió en pie. Intentó volverse para ver al que le había golpeado y escupirle a la cara, ya que otra cosa no podía hacer. Pero con ello no logró más que aumentar su sufrimiento.

Otro culatazo se abatió sobre su nuca.

Y éste fue definitivo.

El joven cayó de bruces mientras veía por última vez la figura confusa de Susan, mientras todo el enorme edificio parecía moverse en torno suyo y empezar a dar vueltas, vueltas, vueltas...

CAPÍTULO XIV

No tardó demasiado en despertar. Cuando lo hizo, pudo darse cuenta de que le habían atado las manos a la espalda, mientras sus pies estaban también firmemente unidos por un cable de acero. Rabiosamente, su primera reacción fue la de tratar de liberarse, pero lo único que consiguió fue clavarse el fino cable de acero en muñecas y tobillos, produciéndose un dolor insufrible.

Sus ojos turbios miraron hacia adelante.

Y entonces se dio cuenta de lo que iba a ocurrir.

Lanzó un grito inhumano, un grito que le estremeció hasta las vísceras.

Porque iba a pasar por la prueba más angustiada a que se puede someter a un hombre.

Prince notó que, mientras estaba sin conocimiento, lo habían trasladado a una pieza mucho más confortable, situada al fondo del barracón. Esa pieza tenía incluso moqueta en el suelo, y en ella había una cama.

Sobre la cama yacía Susan.

¿Vestida?

Bueno... «fifty-fifty».

Prince hubo de reconocer que estaba arrebatadora, a pesar de lo terrible del momento, y fue eso precisamente lo que le enfureció más. Porque se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Porque la actitud miserable de Barry Nolan no admitía dudas.

Susan tenía las manos atadas a la espalda. Sus posibilidades de defensa, tendida en la cama como estaba, resultaban nulas.

Ella chilló.

Barry Nolan lanzó una risita áspera.

Prince soltó por su boca todas las maldiciones árabes, todas las maldiciones africanas, todas las maldiciones piratas de las islas del Caribe. No respetó ni la dudosa honra de los muertos que antes

habían llevado el apellido Nolan. La madre de su enemigo resultó ser tantas cosas, todas ellas repulsivas, que un carro de basura no hubiera bastado para recoger sus restos.

Pero eso de poco sirvió. Al contrario, Barry Nolan parecía divertirse con aquellos insultos. Los restos de dignidad que un día pudo tener, si los había tenido alguna vez, estaban completamente perdidos en las sombras del pasado. Un tío al que le dicen las cosas que Prince dijo de su madre, reacciona. Pero Barry Nolan no reaccionó.

Él iba a hacerlo con hechos.

Lanzó una risita sardónica.

Susan volvió a chillar.

Barry Nolan la sujetó por las piernas con una fuerza diabólica.

Prince, que estaba en el suelo, se arrastró desesperadamente sobre sí mismo, tratando de llegar hasta Susan para ayudarla, pero el cable de acero al que estaba sujeto no se lo permitió. Desesperado, rugió como una fiera herida.

Sus ojos estaban desencajados.

Hubiese querido no mirar.

Pero le era imposible. Su propio odio llegaba a enloquecerle. Cuando Barry Nolan, una vez todo consumado, avanzó hacia él, Prince intentó saltar como un perro rabioso para morderle, pero ni eso pudo.

Barry le asestó un puntapié.

Luego abrió la puerta.

Dos hombres esperaban allí. Ninguno de ambos llegó a ver a Susan tal como estaba, porque al separarse de ella, Barry la había cubierto con una sábana.

Y ella no se había movido porque debía haber perdido el sentido. Por un instante Prince temió que aquél fuera el ataque definitivo que acabara con Susan. Barry ordenó:

—Llévalo.

Prince ya no protestó cuando le arrastraron por los pies, aunque sabía lo que iba a suceder.

Y no le importaba nada.

Lo único que le destrozaba el cerebro, que le destrozaba los nervios, era el saber que no podría vengarse.

Notó que lo sacaban del barracón por una puerta lateral. Apenas

a tres yardas de allí se encontraba un embarcadero de madera. Lo arrastraron por él y lo rodearon con una sólida red de pescador. Tampoco Prince tenía allí la menor oportunidad de defenderse.

Quedó prisionero en ella.

La red tenía además un buen peso en uno de sus extremos.

Entre dos hombres, cargaron a Prince en una barca de remos que estaba al extremo del embarcadero. Prince oyó por última vez el grito angustioso de las gaviotas. Vio por última vez el cielo gris, el mar color tinta.

Barry Nolan masculló:

—Adelante.

Los dos hombres subieron a la barca y empezaron a remar. Poco a poco se alejaron del embarcadero, dirigiéndose hacia Long Beach Point. Un helicóptero patrullero de tráfico surcó los cielos para dirigirse a Great Neck, pero aquel aparato que significaba la última esperanza para Prince, su última posibilidad de vivir, se perdió en las brumas poco a poco, hasta transformarse en un puntito insignificante. Desde tanta distancia, los policías debían haber tomado la barca por la de dos pescadores aficionados que probaban suerte.

El viaje duró apenas diez minutos.

Los dos hombres tenían ganas de abreviar.

Seguir en la barca con el «paquete» resultaba arriesgado, después de todo.

Uno de ellos gruñó:

—Aquí.

—¿Es bastante profundo? —murmuró el otro.

—Lo hemos calculado esta mañana. Más de veinte yardas.

—Es poco. Puedan verlo desde un helicóptero, un día en que el mar esté claro.

—El mar no está claro nunca aquí, pero eso poco importa. Cuando lo descubran, llevará varios días muerto.

Prince apretó los labios.

Era el fin.

Convertido en un bulto informe, rodeado por una red, moriría ahogado para servir de alimento a los peces poco a poco.

Dijo unas pocas palabras.

Las dedicó amablemente a las madres de los dos hombres. Y a

sus padres, en el muy improbable caso de que los hubieran conocido.

Los otros reaccionaron como no había reaccionado Barry Nolan.

Le patearon brutalmente.

La barca se bamboleó.

Al fin uno de ellos dijo bruscamente:

—Eh, tú, que volcamos...

—Pues basta de perder tiempo. Abajo con él.

Sujetaron a Prince, lo levantaron y lo lanzaron por la popa, para que la barca no se bamboleara. Pero no se dieron cuenta de que Prince había hecho ya algo para tratar de vengar su muerte, puesto que no podía evitarla.

Sus manos seguían unidas por los alambres.

Pero conservaba entre los dedos la cuerda con la que le habían sujetado al pesado mueble, en la habitación, para que no pudiera deslizarse hasta la cama. Mientras los dos esbirros le pateaban, él consiguió sentarse en la barca, pese a estar envuelto en la red. Ese movimiento sí que podía permitírselo.

Y sacó los dedos por entre dos cuadrículas de la amplia red. Con los dedos había hecho un lazo en la cuerda que sujetaba.

Pasó aquel lazo por el poyo que existía en la popa de la barca, a fin de atar algo o agarrarse en caso necesario.

Sus verdugos no se dieron cuenta.

Realmente lo que acababa de hacer Prince era muy difícil. Se necesitaba casi una habilidad de malabarista.

El lazo había quedado abrazado al poyo.

Notó que lo levantaban.

Y lo posaron suavemente en el agua.

Pero la cuerda que sujetaba por un lado sus pies, quedó sujeta por el otro al apoyadero de la barca, mediante el nudo corredizo. De ese modo Prince no salvaba su vida, ni mucho menos, pero conseguía que los de la barca, si no se daban cuenta, arrastraran su cadáver hasta el mismísimo embarcadero. Allí las aguas eran menos profundas. No cabía duda de que cualquiera de los helicópteros de tráfico que con frecuencia pasaban por allí descubriría el bulto extraño. Y si estaba atado a la barca, ¿cómo negarían ellos que eran los autores del crimen?

Podía ser el fin para Barry Nolan.

Claro que se trataba de una simple posibilidad entre diez.

Pero Prince tenía que jugar aquella carta. Tenía que intentar salir de su tumba para llevar a Barry Nolan a la cárcel para toda su vida, ya que muchas personas «comprensivas con los delincuentes», se habían empeñado en que la silla eléctrica dejara de funcionar.

Esa última, esa desesperada ilusión de que al fin se hiciera justicia, alimentó a Prince durante sus últimos segundos, mientras sentía que se hundía sin remedio y que todo se iba haciendo más oscuro en torno suyo.

Tocó fondo.

Era un fondo rocoso y áspero.

Hasta aquel momento tuvo plena conciencia de lo que sucedía, pues sus pulmones conservaban aire y por lo tanto la sangre llegaba bien oxigenada al cerebro. Pero casi lo lamentó. Lo bueno de la silla eléctrica, lo bueno de la horca, lo bueno de la guillotina o del piquete de ejecución es que uno no se da cuenta de que la palma. Lo malo son los preparativos. Luego todo consiste en un «Chask», porque el cerebro se destruye. Pero en cambio la muerte de Prince iba a ser lenta, angustiada, iba a ser un auténtico suplicio que duraría largos minutos. Porque, dada su excepcional resistencia, se iría ahogando poco a poco, hundido en el sufrimiento, mientras todos sus músculos y todos sus nervios se impregnaban con el veneno de la muerte.

Los dos sicarios, mientras tanto, habían tomado los remos otra vez.

Tenían prisa.

No les hacía gracia que algún helicóptero de tráfico o la lancha de algún pescador advirtiese lo que acababa de ocurrir. Remaron otra vez hacia el embarcadero vigorosamente.

Uno de ellos gruñó:

—Eh, tú... Parece como si la barca avanzara menos...

—Debe ser porque remamos mal. Quizá estamos cansados.

—¿Cansados en diez minutos?

—Tú rema y calla. No vamos a estar aquí toda la vida.

El mayor peso de la barca estaba motivado por el arrastre de la red con el cuerpo de Prince y el peso. Pero ellos no lo sabían porque no se habían dado cuenta de que una cuerda, saliendo de la popa, se hundía en el agua.

No se habían dado cuenta de que el muerto intentaba salir de su tumba.

CAPÍTULO XV

Porque en aquellos momentos Prince era un muerto: simplemente eso. Completamente envuelto en una red, sujeto a un peso que lo mantenía en el fondo, sus posibilidades de vivir durarían tanto como el aire que quedaba en sus pulmones. Y aquel aire ya empezaba a quemar, ya empezaba a pedir imperiosamente que lo expulsara por narices y boca, con lo cual sus pulmones quedarían espantosamente vacíos. Con lo cual penetraría por ellos la mano de la muerte.

Por eso Prince ya no luchaba.

Sabía que era inútil.

¿Luchar contra quién?...

El fondo pedregoso del suelo le hirió al ser arrastrado. La cuerda que le sujetaba a la barca estaba tensa y tiraba de él. La red patinó por encima de dos rocas y luego fue a engancharse en un saliente que tenía forma de aguja.

Los dos hombres, arriba, remaban fuertemente.

Pero la barca no avanzaba.

Uno de ellos masculló:

—Oye, ¿qué infiernos pasa?

—Habremos encallado en el fondo.

—¿Aquí? ¡Al menos hay diez yardas!

—Tienes razón. Y hubiésemos oído el golpe en la quilla.

—Bueno, yo no sé qué pasa, pero hay que remar... ¡Hay que remar, maldita sea!

Los dos redoblaron sus esfuerzos.

Mientras tanto, en el fondo de la bahía, la red había quedado fuertemente enganchada a la roca en forma de aguja. Los tirones que la barca daba de ella, al remar los dos hombres con todas sus fuerzas, empezaron a desgarrarla.

Prince apenas se daba cuenta de eso.

Solamente notaba unas brascas sacudidas, mientras la red que le envolvía parecía disolverse poco a poco en el agua.

Por fortuna para él, la red no era nueva ni estaba repasada. Procedía de los viejos tiempos del astillero. Empezó a romperse por varios sitios a la vez mientras los de la barca seguían tirando.

Al fin uno de ellos gruñó:

—Oye, esto no puede ser... Seguro que nos hemos enganchado con algo.

En aquel momento la red acabó de romperse.

La barca tomó un fuerte impulso ante la fuerza de los remos de los dos hombres. Éstos sonrieron a la vez.

—Bueno, si nos habíamos enganchado con algo ya está.

—Adelante...

Ahora avanzaban a gran velocidad. El embarcadero estaba cada vez más cerca y en él veían el reluciente coche de Barry, que les estaba aguardando para huir cuanto antes de allí.

Mientras tanto, y aunque de una forma confusa, Prince se había dado cuenta de que estaba libre. Al menos libre de la red y del peso, porque sus manos y sus pies seguían atados. Sin expulsar aún el aire de sus pulmones porque en él estaba su única probabilidad de llegar a la superficie, apoyó los pies en una de las rocas, flexionó las piernas y se impulsó hacia arriba con todas las fuerzas que aún le quedaban. Llegó a mitad de camino, pero no se desanimó. Un deseo febril de vivir le empujaba, le daba unas fuerzas y una habilidad que en ningún momento había imaginado poseer en tal grado.

Con las dos piernas a la vez tiró de nuevo hacia arriba. Las movía dando golpes hacia abajo y tensando el cuerpo todo lo posible, para que la fuerza de reacción le empujara hacia la superficie. Pero cuando estaba a punto de llegar a ella ya no pudo más.

Tuvo que expulsar el aire de los pulmones.

Se ahogaba.

Bruscamente notó que descendía otra vez.

Una terrible desesperación se apoderó de él.

¿Iba a morir ahora, cuando tan cerca estaba de la salvación?
¿Iba a reventar cuando le faltaba menos de una yarda para llevar a la superficie?

Aunque tragando agua, porque no había conseguido ni cerrar la

boca (su instinto se la hacía abrir para buscar aire), concentró todas sus fuerzas en impulsarse hacia arriba: A un palmo ya del aire libre, un vaivén del oleaje le impulsó hacia arriba. Por unos momentos la nariz y boca de Prince quedaron libres.

Respiró ansiosamente.

Eso le dio nuevas fuerzas, aunque también aumentó su desesperación al hundirse de nuevo.

Tensó el cuerpo y consiguió sacar toda la cabeza. Volvió a respirar ansiosamente mientras movía los pies para flotar. Sus pulmones se llenaron de aire varias veces y su cerebro se aclaró: la vida volvía a él.

Ahora el peligro estaba en que los de la barca le vieran, pero éstos no volvieron la cabeza porque ya estaban desembarcando. Los del coche tampoco miraban hacia la bahía; daban a Prince por muerto y el asunto había dejado de importarles.

Prince tomó todas las precauciones imaginables, a pesar de que sus fuerzas fallaban. No mantuvo siempre la cabeza fuera del agua, sino que fue impulsándose manteniéndola a veces debajo de la superficie. Para avanzar flexionó las piernas una y otra vez, impulsando la cabeza hacia arriba con movimientos de sus hombros, ya que no podía hacer otra cosa.

Avanzar de aquel modo resultaba tan fatigoso que dos veces estuvo a punto de hundirse para siempre. Si algo le dio fuerzas fue su desesperado deseo de sobrevivir y de vengarse. Hubo un momento en que ya no pensó ni sintió; su cerebro era simplemente como una inmensa llama roja que le impulsaba a seguir adelante.

Cuando sus rodillas tocaron el fango de la ribera, estaba materialmente destrozado. Quedó medio hundido en el agua, sacando solo la cabeza. Sin darse cuenta de lo que ocurría, llegó a perder la noción del tiempo.

Mientras tanto el barracón donde estuvo el antiguo astillero ya había quedado vacío. El reluciente coche de Barry Nolan había desaparecido. La barca permanecía sujeta al muelle de madera, con los remos en el fondo.

Prince volvió a avanzar poco a poco.

Se arrastraba.

Un cielo siniestramente gris pesaba sobre su cabeza.

Cuando estuvo completamente fuera del agua, buscó una piedra

o un saliente con los que pudiera ir seccionando poco a poco los alambres que le sujetaban las muñecas a la espalda. Un coche abandonado junto a la orilla, y que aún no había sido retirado, le dio la solución. Empezó a frotar enérgicamente los alambres contra un extremo del parachoques. Media hora después, y con los dedos bañados en sangre, estaba libre.

Se desató entonces los pies. Pero sé sentía tan cansado que durante un largo rato no pudo andar aún. Al fin fue medio a rastras hacia el barracón donde había ocurrido la tragedia.

No vio a nadie.

Ni rastro de aquellos cerdos.

También se habían llevado a Susan.

Pero ahora Prince sabía lo suficiente para no esperar nada de los recursos legales. Sabía que si aquellos perros rabiosos habían emprendido una acción directa contra él, tenía que responderles él con otra acción directa. No les perdonaría. Haría que cada sufrimiento se pagara con otro sufrimiento, cada gota de sangre con otra gota de sangre.

Fue jadeando hacia la carretera.

Volvería como fuese a Nueva York, pero sin dar parte a la policía. Necesitaba conservar su anonimato, conservar la única ventaja esencial que tenía: sus enemigos le daban por muerto.

Una mueca siniestra se dibujó en su boca.

Al diablo los del jurado.

No tendrían tiempo ni de intervenir.

¡La de «accidentes» que iban a sufrir el acusado Barry Nolan y sus secuaces dentro de pocas horas!...

Y tan pocas...

CAPÍTULO XVI

Por supuesto que Barry Nolan guardaba todas las apariencias legales, pues no quería que por un detalle sin importancia se fuese al agua todo su tinglado. En consecuencia, obedeciendo sin chistar las órdenes del fiscal del Distrito, no se movía de Nueva York y tenía un domicilio conocido. Resultaba fácil encontrarle, lo cual constituía otra ventaja nada despreciable en poder de Prince.

Por lo tanto se dirigió a la casa que Barry tenía en Long Island.

Era una lujosa casa situada en la zona de Merrick, frente a East Bay, una bahía cerrada por una cadena de islas arenosas y por la larga lengua de Long Beach. La zona era tranquila, apartada y llena de encanto. Desde las terrazas de la casa uno podía vigilar la playa, las lanchas que se acercaban, los escasos caminos que llevaban al mar... Podía vigilar también el vuelo de los albatros y de lo que no eran los albatros. Ni un hombre ni un animal podían acercarse demasiado a la casa sin que los guardianes lo supieran inmediatamente.

Prince sabía las dificultades con que iba a encontrarse.

Pero eso no le arredró.

Cuando se presentara de nuevo ante Susan poco más tarde, cuando volviese a verla, quería llevar las ropas manchadas con la sangre de Barry Nolan. Eso era lo único que quería para ella: la sangre de su verdugo. Entonces sobrarían todas las palabras.

Había caído ya la noche, pocas horas después de que Prince «volviese» a la vida cuando dejó el taxi en la zona de Bellmore y atravesó por debajo de la autopista número 27 en dirección a East Bay. A partir de allí se introdujo ya en una zona arenosa que sin duda debía estar vigilada por los hombres de Barry Nolan.

Y si esos hombres estaban acompañados de perros no tardarían en descubrirle.

Por fortuna para Prince, no había perros con los vigilantes. A

Barry le había parecido que los perros podían lanzarse contra cualquier policía que hiciera una investigación rutinaria, lo que le plantearía graves dificultades, al tener el fiscal del Distrito un pretexto para interrumpir su libertad provisional. De modo que eran hombres solos los que patrullaban por la arena, evitando que durante las noches se acercase alguien a la casa.

Prince avanzó por entre las dunas.

Llevaba ropas color *beige* oscuro, que se confundían con el tono de la arena al caer las sombras. Su armamento consistía en una navaja de resorte y un lazo de seda. Esperaba no necesitar más que aquellos dos objetos silenciosos para sembrar la muerte.

Sus movimientos fueron los de un comando, pues ése era al fin y al cabo el trabajo que debía realizar. Fue saltando de una duna a otra, tras asegurarse de que la zona de playa delante de él estaba despejada.

A unas doscientas yardas vio las luces de la casa.

Estaba aislada por completo.

Barry Nolan tenía allí una confortable y segura jaula.

Pero entre el joven y la casa patrullaban dos hombres. En apariencia eran dos paseantes, pero tenían por misión evitar que alguien se acercase por allí. No había que ser muy listo para adivinar que estaban provistos de pistolas con silenciadores.

Prince lamentó no haber llevado un arma de aquella clase.

Le había parecido peligrosa, porque a través de las balas es relativamente fácil descubrir al tirador. De todos modos le hubiera sido útil.

Pero ya era tarde para lamentarlo, de modo que se agazapó esperando que los dos hombres pasaran cerca. Desfilaron por la arena apenas a diez pasos de donde estaba él, cuchicheando distraídamente.

Prince no se entretuvo.

O él o los otros.

Había escogido la navaja cuidadosamente, de modo que tuviera un pesado mango y sirviera para lanzar. Y él era un experto en aquella clase de «maniobras», por lo que hizo salir la hoja de acero y apuntó al hombre de la izquierda.

Lanzó.

Sabía que si faltaba estaba perdido.

Pero no falló. Se oyó un leve gemido mientras al guardián se le clavaba la hoja de acero en el centro mismo de la nuca.

Cayó al suelo, arrugándose, mientras el otro hombre se volvía rápidamente y llevaba la derecha a su funda sobaquera. Pero Prince ya no le dejó tiempo para sacar la pistola.

Había saltado sobre él.

Sus movimientos tuvieron la velocidad y la precisión de los de un tigre.

Cuando el otro consiguió sujetar la culata, ya tenía en el cuello la cinta de seda. Tiró rabiosamente de la pistola hacia arriba, pero Prince se lo impidió.

Tenía un buen sistema para conservar una mano libre e inmovilizar así la derecha de su enemigo.

Sencillamente, tiraba de uno de los extremos de la cinta de seda con la boca. Del otro extremo tiraba con la segunda mano.

La cinta de seda también había sido cuidadosamente escogida. Era delgada y resistente como un cable de acero. Penetraba en la carne igual que el filo de un cuchillo.

El guardián apenas pudo lanzar un gruñido.

La cinta casi le degolló. Cayó suavemente de espaldas mientras por su cuello resbalaba la sangre.

Prince soltó la cinta.

Le costaba respirar a causa de la velocidad y tensión de sus movimientos. Toda aquella técnica mortal la había aprendido en una escuela semi secreta de Singapur, dirigida por un chino, y donde toda clase de aventureros internacionales recibían entrenamiento. Pero nunca creyó que aquello, que al principio había sido una simple curiosidad para él, llegara a servirle de un modo tan trágico.

Desclavó la navaja y la limpió en las ropas del muerto, guardándola seguidamente. Luego situó los dos cadáveres, detrás de una duna y se dispuso a avanzar. Tenía el camino libre.

Oyó entonces un zumbido.

Miró sorprendido hacia atrás.

Incomprensiblemente el zumbido parecía brotar de entre las ropas de uno de los muertos.

Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que aquello no tenía nada de extraño. Cada uno de los guardianes llevaba un transmisor-

receptor de pequeño tamaño colocado bajo la americana. Uno de ellos estaba pidiendo comunicación.

El joven la estableció.

Una voz gutural preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no contestabas?

Prince sintió que se le secaba la boca.

Si el hombre que le hablaba conocía bien la voz de los muertos, él estaba irremediablemente perdido. Por eso se puso a toser, fingiendo una serie de estornudos que le impedirían tener la voz normal. Desde el otro lado preguntaron:

—¿Qué te pasa?

—Que me he tragado unas briznas de... de tabaco, ¡maldita sea!

—No debéis fumar mientras estéis de guardia, idiota. ¿No comprendes que entonces se os ve desde lejos? O al menos podíais fumar emboquillado... ¿Dónde están los otros?

—Cerca. Todo... va bien.

Y siguió tosiendo.

La voz dijo desde el otro lado secamente:

—Dentro de diez minutos el relevo. Ya te ajustaré las cuentas.

La comunicación fue cortada.

Prince suspiró profundamente.

Se había librado de una buena. Pero aquel breve diálogo le había servido además para darse cuenta de que existía una especie de cuerpo de guardia en el interior. No iba a ser tan fácil meterse en la casa, a pesar de que ahora tenía el camino despejado hasta ella.

Volvió a avanzar en zigzag.

Pero hubo un momento en que ya no quedaron dunas de arena ante la casa, de modo que nada podía ocultarle. Entonces decidió avanzar tranquilamente, a cuerpo descubierto, como si fuera uno de los guardianes que volvía antes de la hora prevista.

Estaba seguro de que le veían.

En efecto, un tipo alto, vestido de negro, apareció en el bonito porche que limitaba la casa por el lado contrario al mar. Su derecha descansaba en el bolsillo de la americana, lo que indicaba que llevaba allí una pistola cargada. Pero no se atrevió a sacarla ante un desconocido hasta asegurarse de quién era. Barry Nolan no podía permitirse ahora ningún paso en falso.

El hambre vestido de negro miró fijamente a Prince.

—¿Quién es usted? —Gruñó.

Él dijo una verdad a medias.

—Me llamo Garrison, y me han dicho que aquí encontraría al señor Barry Nolan. Me envían de la oficina del juez Murphy.

—¿Para qué?

—He de dar un mensaje al señor Nolan.

—¿Cómo no le han acompañado hasta aquí? ¿No ha encontrado a dos hombres en el camino? ¿Y cómo es que no viene en coche?

—Precisamente los dos hombres que he encontrado me han aconsejado que lo dejase a distancia —explicó Prince—. Por cierto que uno de ellos tenía tal ataque de tos que apenas podía hablar.

El hombre vestido de negro se convenció con eso de que, en efecto, Prince había visto a los dos guardianes, pues él mismo había escuchado los estornudos por el receptor. Pero no se fió.

—Ésta es una residencia privada —dijo—, y unos atracadores intentaron asaltarnos hace poco. Por lo tanto cualquiera que entre aquí tiene que someterse a una serie de precauciones, ¿entiende?

—Comprendo —dijo Prince—. En este delicioso país hay bastantes personas que tienen contratados guardaespaldas particulares, sobre todo si viven en sitios aislados.

—Celebro que se haga cargo. Y ahora apoye las manos en la pared y separe las piernas. Voy a registrarle.

Prince se dio cuenta de que las cosas se ponían mal.

Tenía que darse prisa en desembarazarse de aquel tipo o acabaría prisionero en la casa. Si Nolan llegaba a ponerle el ojo encima aunque sólo fuera durante una fracción de segundo, estaba perdido.

De modo que se acercó más.

Miraba al tipo vestido de negro.

«Ya lleva luto por su propia alma —pensó—. Mejor».

La derecha de Prince se movió fulminantemente.

Dentro del puño estaba la navaja con la hoja todavía en el mango.

Apretó el resorte.

La lengua de acero salió disparada cuando el puño golpeaba en el corazón del guardaespaldas. Éste no se dio apenas cuenta de lo que ocurría. De pronto sintió una cosa helada en las entrañas:

Intentó sacar el arma.

Pero ya no pudo.

Sus rodillas se doblaban.

Todo daba vueltas en torno suyo.

Cuando iba a chillar, la mano de Prince se apretó contra su boca. Prince le acompañó poco a poco en su caída para que no hiciese ruido. Luego lo depositó en una zona de sombras del porche.

Y se apoderó de la pistola del muerto, que era una magnífica «Luger» con silenciador. Siendo un arma que pertenecía a uno de los hombres de Nolan, ya no le importaba tanto usarla.

Empujó la puerta.

La casa era digna de un millonario, y se notaba el dinero en todos los detalles aunque estuviese decorada con una falsa sencillez. Del enorme vestíbulo arrancaban las escaleras que llevaban al piso superior. En ese vestíbulo no se veía a nadie.

Pero se oían voces en una habitación situada al fondo, casi debajo de las escaleras. Eran voces quedas de personas que estaban sosteniendo una conversación tranquila.

Prince se acercó. Como la puerta estaba entornada, no tuvo más que empujarla un poco, suavemente, para ver lo que ocurría en el interior. Y entonces sus ojos se desencajaron de asombro.

De ningún modo había esperado aquello.

No podía ni imaginar que el propio juez Murphy estuviera allí hablando amigablemente con Barry Nolan.

Era algo que sobrepasaba todas sus sospechas.

Pero eso desveló para Prince algunas cosas que hasta entonces no había llegado a comprender. Por ejemplo que Nolan estuviera en libertad provisional, siendo tan graves los cargos que se le hacían. Por ejemplo que el proceso contra él hubiera sufrido una serie de aplazamientos que favorecían los intereses, del delincuente. Por ejemplo que se hubiera tardado muchísimo tiempo en llegar a formar un jurado, y que en la elección de sus miembros todo el mundo se hubiera mostrado tan quisquilloso.

Después de aquella especie de cuchillada que el golpe de asombro había significado para él, Prince se dio cuenta de que, realmente, la presencia del juez Murphy allí aclaraba muchas cosas. Y ya no se sorprendió tanto. Incluso pensó que debía haber sospechado antes de Murphy, pero uno no sospecha a primera vista de un juez.

Los dedos de Prince aferraron la culata con fuerza.

Pensó que podía matar tranquilamente a Nolan. Murphy no se atrevería a impedirlo. El solo hecho de que estuviera en casa del *gangster le comprometía tanto que aceptaría cualquier cosa con tal de salir bien parado de aquello.*

El joven se dispuso a empujar del todo la puerta.

Dejaría que Nolan le viese.

Sería la última cosa que vieran sus ojos.

Luego le enviaría al infierno de dos balazos en plena cabeza.

Pero de pronto sus músculos se tensaron. Alguien bajaba por las escaleras. Oía los pasos casi encima de su cabeza.

Sacó la «Luger» y aguardó.

El tipo que descendía al vestíbulo era un guardaespaldas que llevaba un jersey y un pantalón negro. Era un fulano de película. No le faltaba ni la funda sobaquera con un revólver. Bastaba verlo para saber en qué sitio se había metido uno.

Los dos se distinguieron al mismo tiempo. El guardaespaldas lanzó un gruñido mientras llevaba instantáneamente la derecha al revólver.

Prince no le dejó tiempo.

Disparó dos veces.

Había venido allí para liquidar a toda la banda y no iba a detenerse por bala más o menos.

Las dos detonaciones produjeron apenas dos secos taponazos, que no obstante debieron oírse desde el otro lado de la puerta entreabierta. Y no fue sólo eso. El guardaespaldas pudo disparar a su vez, aunque sin dirección, mientras rodaba herido de muerte escaleras abajo.

La detonación ensordeció la casa entera. Los que estaban en ella se pusieron inmediatamente en situación de alerta.

Prince lanzó una maldición.

La sola posibilidad de que Nolan se le escapase le llenó de una fría rabia. Saltó hacia la puerta tras la que el asesino estaba con el juez.

Los dos se habían puesto en pie.

Barry Nolan acababa de sacar una «Browning» de su funda axilar mientras Murphy lanzaba un grito de miedo.

Para Prince fue una auténtica sorpresa el que Barry Nolan

lograse disparar tan pronto.

Le creía más viejo, más gastado. Pero aún conservaba la habilidad de un profesional de primera clase, y logró enviar una bala contra Prince antes de que éste disparara. El joven la recibió en un costado mientras se encogía de dolor.

Barry Nolan fue a disparar de nuevo.

Era sólo cuestión de un parpadeo.

Pero Prince no le dejó tiempo ni para eso. También apretó el gatillo mientras se dejaba caer a tierra.

Su «Luger» vomitó plomo otras dos veces.

Barry Nolan, que estaba en el centro de la habitación, recibió los impactos de lleno. Su cabeza saltó hacia atrás. Una de las balas le acababa de perforar la mandíbula por abajo.

Ya no necesitó más.

Cuando rodó sobre una de las butacas era simplemente uno de los cadáveres más sucios de Long Island.

Murphy se estremeció de horror. Sabía lo que aquello significaba, y sabía también que si le atrapaban allí estaba listo. Su carrera y su prestigio le importaban tanto como su propia vida. Sin «carrera» y sin «prestigio» nada podría hacer.

Por eso se lanzó hacia la «Browning» que el muerto acababa de dejar caer. Por eso se revolió con ella mientras Prince se examinaba la herida.

Por poco el joven no llega a tiempo de reaccionar.

Por poco Murphy le clava una bala entre las cejas.

Prince no había esperado aquella reacción, y sólo su rapidez con el gatillo le salvó esta vez. Pudo disparar contra Murphy unas décimas de segundo antes de que éste acabara de cerrar el dedo sobre el disparador. El juez dio una especie de cómica voltereta antes de estrellarse contra una de las paredes.

La bala le había atravesado el corazón de lleno. No necesitó más. Un hilo de sangre empezó a manchar su inmaculada camisa blanca.

Prince quedó encogido unos momentos.

La herida le dolía intensamente, aunque pudo darse cuenta de que no era grave. Se la taponó con un pañuelo y se parapetó a un lado de la puerta. No pudo entretenerse en eso porque alguien más estaba llegando a toda prisa.

Dos hombres armados de metralletas entraron. Por lo visto

habían abandonado todas las precauciones y no les importaba ya organizar un concierto de plomo, en aquel lugar aislado de la playa. Cuando distinguieron los dos cadáveres, uno de ellos el de Barry Nolan, lanzaron al unísono un grito de sorpresa. Las bocas de sus metralletas giraron buscando ávidamente al hombre que les había dado el pasaporte para el otro mundo.

Prince no podía elegir.

No sólo estaba herido, sino que contaba con un arma muy inferior a las de sus enemigos. O era más rápido que ellos o podía ponerse ya a cantar salmos por su propia alma.

Disparó desde la puerta.

Uno de los dos pistoleros no tuvo tiempo ni de verle. Recibió el plomo en la sien derecha y cayó de costado sin enterarse de que moría.

El otro pudo volverse y ver a Prince. Le envió una ráfaga. Pero Prince ya se había lanzado bajo la sólida mesa que ocupaba la parte central de la biblioteca, y las balas patinaron sobre ella: El de la metralleta cambió entonces de posición, sin dejar de disparar, y se puso en cuclillas para balear a Prince mientras éste seguía debajo de la mesa.

Prince hizo entonces lo único que podía hacer. Tenía a su disposición un arma que parecía inofensiva, pero que resultó terriblemente eficaz.

Tiró de un borde de la alfombra. El de la metralleta, que estaba en cuclillas y en un difícil equilibrio, vaciló.

El retroceso de su arma, con la que seguía disparando, hizo el resto.

Cayó hacia atrás, en una posición casi cómica, y las balas acribillaron el techo. Prince le envió entonces otra bala de su «Luger».

También resultó mortal, porque había podido apuntar perfectamente a su enemigo. Éste quedó quieto tras su último espasmo, mientras el dedo crispado sobre el gatillo aún enviaba unas balas al aire.

Prince salió de su escondite. No notaba el dolor de la herida, pero presentía que ése era un mal síntoma: dentro de poco quizá le invadiría una terrible debilidad y caería a tierra.

Un silencio abrumador pesaba ahora sobre la casa.

Pero el joven ya había acabado su macabra tarea. Barry Nolan estaba muerto, y también estaba muerto el juez Murphy, que había protegido su carrera de crímenes. De la sanguinaria banda no debían quedar más que algunos elementos dispersos y sin importancia. El trabajo estaba concluido.

Una leve sonrisa distendió los labios de Prince.

En realidad sólo había una cosa que le importaba de veras.

Había vengado a Susan. Eso fue lo que motivó todos sus actos. Había vengado a Susan... A partir de aquel momento la vida tomaba un sentido distinto para él. Ardía en deseos de decirle a la mujer que los que la ultrajaron ya aullaban en los bosques del Más Allá.

También tenía que llamar a la policía. Con los de la Metropolitana iba a tener un buen trabajo, para explicarles lo sucedido.

Por eso buscó con los ojos un teléfono. En la biblioteca había una conexión, por supuesto, pero las balas se habían cargado el hilo. Por lo tanto necesitaba buscar otro de los aparatos que sin duda habría en la casa.

Fue al vestíbulo, pero allí no encontró ninguno. Seguro que existían conexiones en el piso superior.

Avanzó con la «Luger» a punto.

Alguien más podía estarle apuntando desde arriba. Y el tiempo trabajaba en contra de Prince, porque se estaba debilitando y la herida, al despertar, le dolía cada vez más, haciendo difíciles sus movimientos.

Un crujido le hizo volverse de pronto.

Había una habitación cuya puerta se movía.

Pegado a la pared, Prince avanzó hacia allí. Casi había contenido la respiración. Tuvo la sensación de que alguien le estaba acechando desde aquella puerta.

Se pegó a un lado de la jamba.

Y dio un puntapié a la hoja de madera, mientras preparaba la «Luger» para disparar. Vio un dormitorio.

Se trataba de una pieza de gran lujo. Seguramente era el dormitorio que ocupaba el mismo Nolan.

Pero no había nadie en él.

Al fondo, otra puerta produjo un leve «chask».

Prince tuvo la sensación del que alguien acababa de escapar por allí. No había sido una simple corriente de aire. Avanzó hacia aquella otra puerta, pero siempre pegado a la pared y con el arma dispuesta.

Seguía sin oírse nada.

Daba la sensación de que la casa entera era una tumba.

Prince empujó la segunda hoja de madera.

Y, entonces se dio cuenta de que alguien le estaba apuntando desde el instante en que puso los pies en el umbral. Entonces, demasiado tarde, se dio cuenta de que aquello era una nueva trampa. Justo cuando una bala se le llevó por delante la «Germán Luger» y parte de uno de los dedos de la mano derecha.

CAPÍTULO XVII

Prince volvió la cabeza.

Estaba tan asombrado que no acertó a moverse. Sus reflejos fallaban. Sus ojos desencajados se clavaron en la figura que le apuntaba desde el fondo de aquella habitación, la figura turbadora y al mismo tiempo macabra, la figura que nunca soñó encontrar allí, la figura que le hizo alzar un poco las manos mientras barbotaba con su voz incrédula:

—Susan...

Ella tenía la boca ligeramente entreabierta. Mostraba sus dientes por entre los labios pulposos y suaves. Llevaba una blusa muy descotada y unos pantalones muy ceñidos. Por su cuello resbalaba viscosamente algo que Prince no había visto jamás, una serpiente coral de clase no venenosa. Lo que menos hubiera podido imaginar el joven era que su primera esposa tuviera debilidad por aquellos pequeños y repulsivos bichos. Claro que tampoco había podido imaginar otras cosas de ella. No había podido imaginar nada... ¡Nada!...

Estaba petrificado.

Si en aquel momento le hubieran clavado una bala en el centro del corazón ni siquiera se hubiese dado cuenta.

Ella avanzó poco a poco mientras la pequeña serpiente coral caía suavemente a tierra.

—¿Por qué has de extrañarte tanto? —preguntó con voz tensa—. ¿Es que te sorprende que a una mujer como yo le guste la vida social de altura, le gusten las riquezas? ¿Qué le guste el dinero por todo lo alto como el que ganaba Barry Nolan? ¿Sabes lo que vale el cargamento que ha de llegar en el *Trieste*? No, no puedes saberlo. Tú no puedes ni imaginar esas cifras. Eres simplemente un pobre tipo que vive de su trabajo, un miserable que nunca llegará a tener

ni la millonésima parte de lo que Nolan tenía y podía darme. Eso eres tú... ¿Y qué esperabas? ¿Qué me derritiera de amor mientras tú me comprabas un anillo a plazos?

Su boca se torció en una mueca extraña, una mueca que no parecía suya mientras apuntaba con el pesado revólver «Colt» a la cabeza de Prince.

Éste apenas pudo decir:

—Escupo sobre el dinero que ha ganado Barry Nolan y su forma de ganarlo. Si hace falta vomitaré sobre él.

La hermosa mujer avanzó dos pasos. Sus dientes chirriaron de furia. El pesado revólver seguía apuntando a la cabeza de Prince.

—Pues yo no escupo sobre los billetes —dijo Susan lentamente—. Nunca lo he hecho ni lo haré. Y tampoco me importa el modo cómo se ganan, sino el modo cómo se gastan. Desde hace tiempo, desde que tú te dedicaste a tus estúpidos viajes que nunca dan beneficios, yo soy la que dirijo realmente los negocios de Barry Nolan y la que obtengo de ellos el máximo provecho. Hace tiempo que tengo aquí mi verdadera residencia, mientras decido lo que se tiene que hacer. Mientras resuelvo quién tiene que vivir y quién tiene que morir...

Prince estaba atónito.

Había momentos en que incluso le costaba respirar.

No le hubiera importado morir. No le hubiera importado que el pesado «Colt» le volara la cabeza. No sabía ya quién era la serpiente, si Susan o el pequeño bicho que casi se arrastraba a sus pies.

Ella continuó sordamente:

—Pero los negocios de Barry Nolan se complicaban y existía el peligro de que la policía le detuviera y le sometiera a proceso, como efectivamente sucedió. Yo no estaba dispuesta a correr ese riesgo y por eso me fabriqué una enfermedad, de acuerdo con el doctor Tanner. Una enfermedad que me convirtiera en una pobre e inocente moribunda, en una mujer digna de lástima y que engañara a todo el mundo, especialmente a ti. De verdad que casi me han conmovido tus atenciones, Prince. De verdad me he dado cuenta de que no eres mal muchacho, pero estás de más en este mundo. Y te eliminamos de él después de someterte a la peor prueba a que se puede someter a un hombre. Te enviamos al otro barrio, Prince,

pero tú has vuelto del infierno... Ahora regresarás a él. Muerto Barry Nolan yo continuaré con todos los negocios. Adiós, amor. Pronto vendrá a hacerte compañía Margaret en el fondo de la tumba.

Y fue a disparar.

Prince se dio cuenta con horror de que ya era demasiado tarde para todo.

Demasiado tarde para lo que no fuera morir.

Pero eso ya no le importaba.

Lo único que sentía por la vida era una especie de oscura y prolongada náusea.

Por eso no quiso defenderse. Sólo fue un instinto lo que actuó. Por eso no apartó el cuerpo, limitándose a propinar de una forma maquinal, sin pensarlo, un puntapié a la serpiente que estaba entre él y Susan.

El pequeño bicho saltó por los aires antes de que ella pudiera disparar.

Su cuerpo se enroscó en los aires.

Susan gritaba en aquellos momentos:

—¡Revienta, perro!

Y entonces ocurrió aquella cosa alucinante, aquella cosa que parecía venir del fondo de una pesadilla y que en el primer segundo el propio Prince ni siquiera entendió. Pero la serpiente, al volar por los aires, había entrado rectamente en la boca de Susan, la boca que lanzaba el grito de muerte.

Susan apenas pudo barbotar algo. Sus ojos se desencajaron de horror y de angustia. Todo su cuerpo se crispó.

Porque el delgado cuerpo de la serpiente coral... ¡había llegado a su garganta! ¡Porque la pequeña cabeza penetraba en ella!

Emitió apenas un gorgoteo.

El revólver resbaló de entre sus dedos. No podía sostenerlo. Cayó hacia atrás mientras intentaba desesperadamente asir la cola de la serpiente, pero ésta resbaló.

Era la situación más espantosa que había visto Prince.

No podía creerla.

Le parecía que aquello no sucedía realmente, que venía del fondo de alguna alucinación.

La cabeza del, ofidio penetraba en la tráquea de Susan.

La estaba ahogando.

Queriendo buscar una salida, la serpiente se metía en sus entrañas.

Era como si alguien taponara con algodón todas las vías respiratorias de Susan.

Prince quiso avanzar para salvarla, pero la herida le debilitaba hasta tal punto que cayó de rodillas. Fue a apoderarse de la pistola.

¿Con qué mano? ¿Con la derecha que por poco había sido destrozada por la propia Susan? ¿Con la izquierda que correspondía a la parte herida de su cuerpo?

En contra de su voluntad, sus movimientos fueron terriblemente lentos.

Jadeaba.

Fue a disparar, pero no podía. No podía hacer nada... ¡Nada! ¡Caso de apretar el gatillo volaría la cabeza de Susan!

Ahora la serpiente ya no podía salir.

Estaba materialmente metida en su tráquea.

Era una muerte alucinante, espectral, que no parecía de este mundo.

De pronto Susan quedó quieta.

Con los ojos salidos de las órbitas.

Con los dedos arañando para siempre la alfombra...

Prince hubo de sacar fuerzas de flaqueza para ponerse en pie. Cayó dos veces antes de poder descolgar el teléfono llamando a la policía.

Cuando al fin lo consiguió, pudo serenarse un poco y la habitación dejó de dar vueltas ante su mirada, pensó en Margaret.

Se arrastró hacia las escaleras.

Oía a lo lejos el aullido de las sirenas de la policía.

En realidad no pudo volver junto a Margaret hasta más tarde, cuando ya estaba mejor de su herida y cuando el fiscal del distrito preparaba un informe escandaloso sobre el asunto, pero sin darlo aún a conocer al público. Por tanto Margaret no tenía motivos para saber nada cuando Prince regresó.

—¿Dónde has estado estos días? —preguntó ella.

Él suspiró mientras se tendía en el lecho.

—Por ahí... —dijo cansadamente—. Buscando algún reportaje sensacional, pero no he tenido éxito. En esta condenada ciudad

hace tiempo que no pasa nada...

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

